

NO MATARÁS

Juan Antonio Monroy

EXPLICACIÓN

En este mi libro 55 me ocupo de un tema muy poco tratado: las matanzas de personas en la Biblia.

Por cambio de domicilio tengo mi amplia biblioteca distribuida en cajas pendientes de traslado y en ellas todos mis libros de consulta. Los tres que tengo a mano, el Diccionario de la Santa Biblia, de Editorial Caribe, Costa Rica; el Diccionario Bíblico Ilustrado, de Editorial Clie, Tarrasa; y los seis tomos de la Enciclopedia de la Biblia, Editorial Garriga, Barcelona, no mencionan aquí ni una sola vez el verbo matar referido a la Biblia. Sin embargo, el libro de Dios concede muchas páginas al tema. En una batalla librada por David se llevó a cabo *“una gran matanza de veinte mil hombres”*. (2º Samuel 18:7). El profeta Jeremías escribe sobre otra descomunal matanza en Tofet, ciudad situada en la confluencia de los Valles de Hinom y Cedrón. Allí murieron tantos, que casi todos fueron enterrados al aire libre. Y dice Jeremías: *“No se diga más del Valle del hijo de Hinom, sino Valle de la Matanza”*. (Jeremías 7:32).

En estas páginas me propongo seguir los pasos de personas asesinadas, todas ellas en el Antiguo Testamento, excepto doce casos en el Nuevo.

Desde ahora pido al lector de esta obra que tenga en cuenta la siguiente confesión mía que, a fin de evitar suspicacias y malas interpretaciones, considero de máxima importancia: Al tratar de las matanzas en la Biblia no juzgo, no opino, no comento, me limito simplemente a exponer los hechos.

Aunque se haya dicho que el cementerio es la antesala del cielo, salir de la vida asesinado debe ser algo terrible. El ángel de la muerte asesina y se marcha santificado. Nadie ha vivido dispuesto a que lo maten. Aunque todos seamos mortales, morir asesinado, como los personajes que desfilan por este libro, es la mayor crueldad. Dios nos libre de morir así.

Juan Antonio Monroy

Madrid abril de 2023

NO MATARÁS

Moisés bajó del monte Sinaí con diez mandamientos ordenados por Dios, escritos en dos tablas de piedra. Flavio Josefo, famoso historiador judío del primer siglo cristiano cree que era una distribución por igual, cinco mandamientos en cada tabla.

Jehová recuerda al pueblo hebreo que fue Él quien lo libró de la servidumbre en Egipto, por lo mismo tiene derecho a imponerle su voluntad y sus mandamientos: *“Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto”*. (Éxodo 20:2).

Los diez mandamientos son conocidos como Decálogo, diez frases pronunciadas por la voz de Dios en el monte Sinaí y escritos por el dedo divino en las tablas. Estas fueron rotas por Moisés cuando bajó del monte y constató la idolatría cometida por el pueblo en su ausencia. (Éxodo 32:19).

Rotas las primeras tablas, “Jehová dijo a Moisés: Alísate dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste. Y Moisés alisó dos tablas de piedra como las primeras; y se levantó de mañana y subió al monte Sinaí, como le mandó Jehová, y llevó en su mano las dos tablas de piedra. Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él”. (Éxodo 34: 1-5).

Estas segundas tablas fueron guardadas en el Arca de la Alianza.

Los diez mandamientos o Decálogo desbordan el nacionalismo y, por contener la revelación divina, son para toda la raza humana.

El quinto mandamiento ordena específicamente: *“No matarás”*. (Éxodo 20:13).

El mismo se repite en Deuteronomio 5:17. Tiende a salvaguardar la vida humana, *“porque a imagen de Dios es hecho el hombre”*. (Génesis 9:6).

Los doctores de Israel miraban este mandamiento como puramente jurídico, pero en el sermón del monte Jesucristo condena todo sentimiento malévolo contra el prójimo. (Mateo 5:21-22).

MATA AL HERMANO

El asesinato de Abel a manos de su hermano mayor, Caín, es el primer homicidio conocido de la historia bíblica. Al parecer, los hijos de Adán y Eva habitaban en ciudades, porque Caín pide a su hermano que salieran al campo. *“Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató”*. (Génesis 4:8).

¿Por qué causa lo mató? Retrocedamos un poco. *“Abel fue pastor de ovejas, y Caín fue labrador de la tierra. Andando el tiempo Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya”*. (Génesis 4:2-5).

El autor sagrado no declara las causas por las que la ofrenda de Abel le fue grata a Jehová y la de Caín no. Se han adelantado varias hipótesis. Caín, en vez de buscar en si mismo las causas del desagrado divino, se enfureció contra su hermano y no escuchó la voz de Dios. Pudo ocurrir que la ofrenda de Caín no fuera tan intencionada y escogida como la de Abel o que su disposición anterior a la ofrenda no fuese tan agradable.

Por su parte, el escriturista Vidal sugiere que tal vez Jehová estaba manifestando su interés por la ganadería antes que por la agricultura.

El autor de la epístola a los Hebreos sitúa la cuestión en el tema de la fe: *“Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín”*. (Hebreos 11:4).

MATA POR UNA HERIDA

Entre los descendientes de Caín figura Lamec, hijo de Matusalén y padre de Jubal, inventor de los instrumentos musicales. (Génesis 4:21).

El Génesis registra un cántico de Lamec dirigido a sus dos mujeres, Oda y Zila. Se trata de un breve poema lírico, el primero de la Biblia, escrito con acento salvaje como exposición de justicia social. El expositor bíblico T. Wilhem lo llama *“el cántico de la espada”*. Es un poema de venganza, que responde con la muerte a cualquier herida y no conoce límites, expresado en el número setenta veces siete, como lo dice en su composición poética: *“Un varón mataré por mi herida, y un joven por mi golpe”*. (Génesis 4:23-24).

A la ley de Lamec y a los males que de ella se siguen, Jesucristo opuso la ley del perdón. A la pregunta de Pedro sobre las veces que debería perdonar a su hermano, tal vez siete, el Señor responde: *“No te digo hasta siete, sino aún hasta setenta veces siete”*. (Mateo 28:7).

MATAR EN INTENCIÓN

Esaú fue hijo de Isaac y Rebeca y hermano gemelo de Jacob. En el vientre materno chocaban los dos niños, señal del antagonismo que mantendrían a lo largo de la vida. Esaú nació primero, Jacob después, agarrado al talón de su hermano. Al sentir que los dos luchaban dentro de su vientre Rebeca acudió a consultar a Jehová. Y Jehová le dijo: *“Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas;*

el un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor". (Génesis 25:23).

En la intención del apóstol Pablo el ejemplo de los dos hermanos tomado del Génesis debe ser elevado a principio general. Cita un texto de Malaquías de difícil interpretación en el que Jehová dice: *"Amé a Jacob y a Esaú aborrecí"*. (Malaquías 1:2-3; Romanos 9:13).

¿Hay injusticia en Dios? De ninguna manera. En Éxodo 33:19 dice Jehová: *"Tendré misericordia del que tendré misericordia"*. La frase del segundo libro de la Biblia indica que la misericordia divina con una criatura no se funda en justicia o méritos, sino en la propia benevolencia de Jehová.

Según la historia bíblica Jacob engañó dos veces a Esaú. La primera fue darle un plato de lentejas a cambio de su primogenitura. La primogenitura era fuente de privilegios, como ser cabeza y sacerdote en la familia, recibir del padre una bendición especial, tener derecho al doble de la herencia y otros.

El segundo engaño tuvo lugar cuando Isaac, el padre, viejo, enfermo y ciego, Jacob se hizo pasar por Saúl y le robó la bendición de primogénito que Isaac había preparado para él: *"Y aborreció Esaú a Jacob por la bendición con que su padre le había bendecido, y dijo en su corazón: Llegarán los días del luto de mi padre, y yo mataré a mi hermano Jacob"*. (Génesis 27:41).

Alguien comunicó a la madre, Rebeca, las intenciones de Esaú, y advirtió a su otro hijo, Jacob: *"Esaú tu hermano se consuela acerca de ti con la idea de matarte. Ahora, pues, hijo mío, huye a casa de Labán mi hermano en Harán. Salió, pues, Jacob de Beerseba y fue a Harán"*. (Génesis 27:42; 28:10).

Esaú estaba decidido a quitar la vida a su hermano, pero no quería contristar a su padre, que estaba próximo a la muerte. La intervención de Rebeca, madre de ambos, evitó lo que habría sido una tragedia.

MATAN A CIRCUNCIDADOS

Simeón y Leví, hermanos e hijos de Jacob, fueron protagonistas de la matanza más cruel e inhumana que registran las páginas del Antiguo Testamento.

La familia vivía entonces en Siquem, antigua ciudad cananea en los montes de Efraín, en los alrededores de Palestina. Un día otra hija de Jacob, hermana carnal de Simeón y Leví, llamada Dina, salió de su casa para visitar algunas mujeres. La vio el hijo de un príncipe de aquellas tierras, llamado del mismo nombre que la ciudad, Siquem, el cual, fascinado por su hermosura, la tomó y la violó. Se enteraron Simón y Leví de lo ocurrido cuando regresaron del campo y prometieron vengarse.

El joven violador, como en tantos casos en la historia y en la literatura, se enamoró perdidamente de la también joven violada. *“Su alma se apegó a Dina y se enamoró de la joven, y habló al corazón de ella”*. (Génesis 34:3).

Siquem pidió a su padre, Hamor, que hablara con el padre de Dina y la pidiera en matrimonio. El propio Siquem habló con el padre y hermanos de Dina y les dijo: *“Halle yo gracia en vuestros ojos, y daré lo que me dijereis; y dadme la joven por mujer”*. (Génesis 34:11-12).

Jacob estuvo de acuerdo en el matrimonio. Hamor también. Simeón y Leví pusieron una condición. Puesto que iban a formar un solo pueblo, según lo pactado, todos los habitantes de Siquem debían someterse al rito de la circuncisión.

Hamor, príncipe de la ciudad, los convenció para que lo hicieran. *“Y circuncidaron a todo varón”*. (Génesis 34:24).

Para los descendientes de Jacob, la circuncisión era el sello de pertenencia a su raza.

A los tres días de haberse circuncidado, cuando estaban en cama por la fiebre, Simeón y Leví *“tomaron cada uno su espada, y vinieron contra la ciudad, que estaba desprevenida, y mataron a todo varón. Y a Hamor y a Siquem su hijo los mataron a filo de espada... y saquearon la ciudad, y llevaron cautivos a todos sus niños y sus mujeres y robaron todo a lo que había en casa”*. (Génesis 34:25-29).

Jacob nunca aprobó la conducta de sus dos criminales hijos. Al enterarse de la matanza llevada a cabo en Siquem, se pronuncia con dolor: *“Me habéis turbado con hacerme abominable de los moradores de esta tierra. ...se juntarán contra mí y me atacarán, y seré destruido yo y mi casa”*. (Génesis 34:30).

Poco antes de morir, Jacob pronuncia un oráculo sobre sus hijos. El texto está en forma poética y avalado por la unidad de sus formas. Jacob conoce a sus hijos. Recordando la matanza en Siquem y el terrible crimen vengativo cometido por dos de ellos, los maldice. *“Simeón y Leví son hermanos; armas de iniquidad sus armas. En su consejo no entre mi alma, ni mi espíritu se junte en su compañía. Porque en su furor mataron hombres, y en su temeridad desjarretaron toros. Maldito su furor, que fue fiero; y su*

ira, que fue dura. Yo los apartaré en Jacob, y los esparciré en Israel".
(Génesis 49:5-7).

MATAR AL HERMANO

La historia de José ocupa 12 páginas en el primer libro de la Biblia.

José nació de Jacob y de su mujer Raquel.

Sus hermanos envidiaban la preferencia que el padre sentía por él, incrementada al contarle José sus sueños. Un día el padre le pidió que contactara con sus hermanos, que pastoreaban ovejas en Siquem. Estos decidieron que había llegado la hora de deshacerse de él. *"Cuando ellos lo vieron de lejos, antes que llegara cerca de ellos, conspiraron contra él para matarle. Dijeron el uno al otro: He aquí viene el soñador, ahora pues, venid, y matémosle y echémosle en una cisterna, y diremos: Alguna mala bestia lo devoró".* (Génesis 37:18-20).

Lo echaron en una cisterna vacía. Uno de sus hermanos, Judá, lo sacó de allí y fue vendido a mercaderes madianitas, quienes lo revendieron a Egipto. Allí fue encarcelado. Lo liberaron tras interpretar unos misteriosos sueños que tuvo el Faraón. Con tal motivo fue encumbrado y llegó a ser en Egipto el segundo hombre de estado después del Faraón. En tierra de Canaán, donde vivían el padre y sus hermanos, se desató una gran hambruna. Egipto tenía mucho trigo. Jacob mandó a sus hijos a comprar. Estos hicieron dos viajes. José los reconoció desde el principio, ellos a él, no. En el tercer viaje se dio a conocer y exclamó: *"Yo soy José vuestro hermano,*

el que vendisteis para Egipto. No os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros”. (Génesis 45:4-5).

Una intención de muerte que finalizó en protección de vida.

MATAN A LOS VARONES

Se ha notado que al llegar a Egipto los israelitas se multiplicaron grandemente en el país del Nilo: *“Los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra”.* (Éxodo 1:7). Alarmado el Faraón de turno, distinto al que encumbró a José, reflexionó con sus grandes: *“El pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros”.* (Éxodo 1:8-10).

Pensando en los medios para evitar el crecimiento del pueblo israelita, el Faraón da orden a las parteras de matar a los varones recién nacidos: *“Cuando asistáis a las hebreas en sus partos, y veáis el sexo, si es hijo, matadlo; y si es hija, entonces viva”.* (Éxodo 1:16). Pero las parteras, temerosas de Dios, no cumplieron la orden del Faraón. Inventaron una artimaña y le dijeron que las mujeres hebreas, normalmente robustas, daban a luz antes de que ellas llegaran.

Fracasado su primer intento de matar a los varones recién nacidos, el Faraón dictó otra orden aún más cruel que la primera: Mandó a todo su pueblo, diciendo: *“Echad al río a todo hijo que nazca, y a toda hija preservar la vida”*. (Éxodo 1:22).

La primera medida parece que era aceptada en aquellos tiempos. Entre los griegos primitivos y los romanos después se solía matar a los recién nacidos que no interesaban. La segunda medida, arrojar a los recién nacidos al río Nilo era más radical y es referida aquí para preparar el hallazgo del niño Moisés en las aguas del río.

MATAN A UN EGIPCIO

Moisés fue uno de los niños que lograron salvarse de la matanza ordenada por el Faraón de turno, comentada en estas letras.

La Biblia es la única fuente de información directa sobre la vida y actividad de Moisés. Se admite que nació en torno al siglo XIV antes de Cristo bajo el reinado del Faraón Ramsés II. En una tentativa desesperada por salvar al hijo, sus padres lo tuvieron escondido tres meses. Pasado ese tiempo, calafatearon una arquilla de juncos con asfalto y brea, colocaron en ella al niño y lo pusieron en un carrizal a la orilla del río. (Éxodo 2:1-3).

Al río bajó a bañarse la hija de Faraón. Descubrió la arquilla y al niño dentro, lo prohió y lo entregó a su madre biológica para que lo criara. Se ha dicho que el niño tenía dos años cuando fue devuelto a la hija de Faraón.

En la corte real Moisés fue educado en toda la sabiduría de los egipcios, que era muy grande.

Moisés siempre fue consciente de su origen hebreo. Ya adulto fue testigo del duro trabajo al que sometían a los de su raza. Presenció a un egipcio que maltrataba a un trabajador hebreo. *“Entonces miró a todas partes, y viendo que no parecía nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena”*. (Éxodo 2:12).

La noticia llegó a oídos de Faraón, quien desde entonces *“procuró matar a Moisés; pero Moisés huyó de delante de Faraón, y habitó en tierra de Madián”*. (Éxodo 2:15).

MATAR AL PRIMOGÉNITO

Por medio de una nueva orden, Jehová dicta a Moisés lo que había de decir a Faraón cuando compareciera ante él: *“Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva, mas no has querido dejarlo ir; he aquí yo voy a matar a tu hijo, tu primogénito”*. (Éxodo 4:22-23).

La amenaza de Jehová se cumplió literalmente en el capítulo 11 de Éxodo.

A fin de convencer a Faraón para que dejara en libertad de movimiento a su pueblo, Jehová manda sobre Egipto 10 plagas: La conversión de las aguas en sangre. (Éxodo 7:20). Ranas que invadieron la ciudad. (Éxodo 8:3). Piojos por todo el país. (Éxodo 8:16). Moscas

portadoras de enfermedades. (Éxodo 8:24). Muerte de animales propiedad de los egipcios. (Éxodo 9:19). Plaga de langostas. (Éxodo 10:4-5). Tinieblas sobre la tierra de Egipto. (Éxodo 10:20-21). Úlceras en los hombres y en las bestias. (Éxodo 9:9-10). Fuerte granizo. (Éxodo 9:18).

La última plaga fue la que finalmente inclinó a los habitantes de Egipto para dejar que el pueblo de Israel saliera de su tierra. En palabras de Moisés, Jehová dijo así: *“A la media noche yo saldré por en medio de Egipto, y morirá todo primogénito en tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras el molino”*. (Éxodo 11:4-5).

El primogénito de Faraón era el príncipe heredero. Cabe imaginar el grito discordante de los egipcios y el triste llanto de las madres por sus hijos muertos. El pueblo llano padecía lo mismo que el rey. Todos tenían muertos innumerables y no bastaban los vivos para enterrarlos.

INTENCIÓN DE MATAR

Estando Moisés apacentando las ovejas de su suegro en Madián Jehová se le hace visible en forma de llama de fuego en medio de una zarza que ardía y no se consumía. Cuando Moisés acude a ver el fenómeno de la zarza oye la voz de Jehová que lo llama por su nombre. Moisés responde y la voz divina le dice: *“Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. He visto el clamor de mi pueblo que está en Egipto, he conocido sus angustias. He descendido para librarlos de mano de los*

egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha... Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel". (Éxodo 3:1-10).

Los primeros reparos de Moisés reflejan que ve obstáculos en todas partes: En si mismo, que no se consideraba preparado para tamaña empresa, en el poder de Faraón, en los mismos israelitas. Jehová lo tranquiliza y le asegura su protección: *"Ve, porque yo estaré contigo"*. (Éxodo 3:12).

Finalmente Moisés se decide. Se despide de su suegro, Jetro, monta sobre un asno a su mujer y a su hijo y emprende camino de Egipto. *"Y aconteció en el camino, que en una posada Jehová le salió al encuentro y quiso matarlo"*. (Éxodo 4:24).

Estamos ante uno de los pasajes más oscuros del Pentateuco en fondo y forma. *"Más negro, que la noche que sucedió"*. Algunos comentaristas alteran de una u otra forma el texto original. Otros creen que la amenaza de Jehová contra Moisés no debe ser tomada al pie de la letra, sino como expresión de una enfermedad en la que estuvo a punto de morir.

¿Por qué iba a querer Jehová matar al hombre que había elegido para sacar a su pueblo de la esclavitud de Egipto? Tenía mucho que perder y poco que ganar.

El texto que sigue a Éxodo 4:24 explica las causas del enfado de Jehová. El mismo Dios había ordenado a Abraham: *"Este es mi pacto. Que guardaréis entre mi y vosotros y tu descendencia después de ti: será circuncidado todo varón entre vosotros. Circuncidaréis la carne de vuestro prepucio"*. (Génesis 17: 10-11).

El hijo de Moisés no estaba circuncidado. La madre, Séfora, espantada, circuncida al hijo para salvar la vida del padre. Lo hace con una rebanada de piedra o pedernal, el instrumento requerido para tales casos según Josué 5:3. Parece que Séfora viera un efecto mágico en la sangre del hijo para salvar la vida del padre y por eso exclama: *“A la verdad tu me eres un esposo de sangre, esposo de sangre a causa de la circuncisión”*. (Éxodo 4:25-26).

Después del incidente relatado, Moisés prosiguió su viaje a Egipto y se encontró con su hermano Aarón. Por su parte, Séfora regresó con su familia a Madián.

MATAR POR VENGANZA

La conocida frase *“ojo por ojo”* se encuentra en el segundo libro de la Biblia, el Éxodo, en el capítulo 2. Más adelante en este mismo capítulo figura una serie de leyes relacionadas con el homicidio intencionado.

Muerte por muerte. Vida por vida. Quien mate a una persona ha de morir. La sangre pide sangre.

El que hiera a otra persona causándole la muerte, *“morirá”*.

Si alguno se ensoberbeciere contra otro y lo matare, *“se le quitará para que muera”*.

“El que robare a una persona y la vendiere, morirá”.

“El que maldijere a su padre o a su madre, morirá”.

“Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe”. (Éxodo 21:12-17 y 23-25).

Aunque parezcan leyes duras hay que tener en cuenta que en ellas hay una legislación en defensa de la sociedad familiar, carente de leyes jurídicas. Gracias a esta llamada ley de la venganza pueden las personas honestas defenderse de las sin conciencia.

MATAR AL DUEÑO DEL BUEY

En la ley del Éxodo sobre daños causados por animales se dictan sentencias de muerte contra dueños de los mismos: *“Si el buey fuere acorneador desde tiempo atrás, y a su dueño se le hubiere notificado, y no lo hubiere guardado, y matare a hombre o mujer, el buey será apedreado y también morirá su dueño”.* (Éxodo 21:29).

La muerte causada por un buey es responsabilidad del dueño, si sabía que el buey era bravo y acometedor. Se trata de la aplicación del principio establecido por Dios en Génesis 9:5: *“Demandaré la sangre de vuestras vidas; de mano de todo animal la demandaré y de mano del varón”.*

Al buey de Éxodo 21 no se le mata porque acornee, sino por haber matado a un hombre. La dignidad de la persona así lo exige. Por otro lado, al dueño se le mata por su irresponsabilidad. Sabía que el buey era peligroso. No le recortó los cuernos, ni lo tenía atado en lugar seguro.

MATAR A INFIELES

Siguen las ordenanzas en el segundo libro de la Biblia, el Éxodo. La segunda parte del capítulo 22 contiene una serie de leyes varias. Contra los hechiceros y los infieles a Jehová se dictan penas de muerte.

“A la hechicera no dejarás que viva”. (Éxodo 22:18).

En dos palabras el autor mosaico se pronuncia sobre el juicio que le merece la hechicería. Sus practicantes deben morir por el daño social que hacen. El Antiguo Testamento condena la hechicería al considerarla como una forma de idolatría. Quien recurre a ella es infiel a Dios. El libro del Deuteronomio especifica que la hechicería se opone a Dios: *“No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortilegio, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas”.* (Deuteronomio 18: 10-11).

Una segunda ley en Éxodo 22 es sobre la adoración a falsos dioses, la infidelidad a Jehová: *“El que ofreciere sacrificio a dioses excepto solamente a Jehová, será muerto”.* (Éxodo 22:20).

La condenación a la misma pena de muerte que a los hechiceros se aplica a los culpables de idolatría. Los adoradores de falsos dioses, a los que suelen ofrecer sacrificio de animales y en ocasiones hasta cuerpos humanos, debían ser muertos por infieles a Jehová.

Unos versículos más abajo en el mismo capítulo Jehová se pronuncia sobre los extranjeros que viven en Israel. Advierte al pueblo que si los aflige *“mi furor se encenderá y os mataré a espada”*. (Éxodo 22:24).

MATAN A TRES MIL

Para Israel era muy difícil sustraerse a la idolatría que practicaban los países vecinos. Con motivo de la subida de Moisés al monte Sinaí, donde estuvo 40 días, el pueblo al ver que tardaba en volver, pidió a Aarón, hermano y segundo de Moisés: *“Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. Y Aarón les dijo: Apartad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos. Entonces todo el pueblo apartó los zarcillos de oro que tenían en sus orejas, y los trajeron a Aarón; y él los tomó de las manos de ellos, y les dio forma con buril, e hizo de ello un becerro de fundición. Entonces dijeron: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto. Y viendo esto Aarón, edificó un altar delante del becerro; y pregonó Aarón y dijo: Mañana será fiesta a Jehová. Y al día siguiente madrugaron y ofrecieron holocausto, y presentaron ofrenda de paz; y se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a regocijarse”* (Éxodo 32:1-6).

Cuando Moisés descendió del monte y se encontró con aquel espectáculo se llenó de ira. Tomó el becerro y lo quemó en fuego; lo redujo

a polvo que esparció sobre las aguas *“y lo dio a beber a los hijos de Israel”*. Luego dijo a miembros de la tribu de Leví, que se les unieron: *“Así ha dicho Jehová, el Dios de Israel: Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campamento, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente. Y los hijos de Leví lo hicieron conforme al dicho de Moisés; y cayeron del pueblo aquel día como tres mil hombres”*. (Éxodo 32:27-28).

En el libro de los Números 12:3 se cuenta que *“aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había en la tierra”*. Pero en el caso del becerro de oro y la matanza que siguió por orden suya parece no responder a su mansedumbre.

Se ha dicho que las exigencias de la justicia divina y la necesidad de un escarmiento que cortara de raíz todo conato idolátrico justificaban la acción de Moisés.

MATAN SIN REMEDIO

Los capítulos 20 al 23 de Levítico registran parte del código penal que ratifica el legislativo. Destaca la frase *“morirán indefectiblemente”* o sin remedio. Estos capítulos tienen cierto parecido con Éxodo 21, ya comentado en estas letras con el título *“muerte por muerte”*.

El autor de Levítico detalla las penas impuestas por Jehová por diferentes faltas.

“El que ofrezca sacrificio a Moloc debe morir”. (20:3).

“La persona que atendiere a encantadores o adivinos debe morir”.
(20:6).

“En caso de adulterio, él y ella deben morir”. (20:10).

“Si alguno viere a su padre desnudo, él y el padre deben morir”.
(20:11).

“Quién tuviere relación sexual con una nuera, los dos han de morir”.
(20:13).

“El varón que tuviera cópula con una bestia, él y el animal deben morir”. (20:15).

“Si se trata de mujer con animal, los dos han de morir”. (20:16).

“Si alguno viere a su hermana desnuda o ella a él, ambos han de morir”. (20:17).

“Cualquiera que durmiere con una mujer en período de menstruación, él y ella han de morir”. (20:18).

“Quién mantuviere relación sexual con la mujer del hermano de su padre, debe morir, y también ella”. (20:20).

“Quien mate a otro debe morir”. (21:12).

“Si alguno se ensoberbeciere contra su prójimo y lo matare, debe morir”. ((21:14).

“El que hiere a su padre o a su madre debe morir”. (21:15).

“El que robe a una persona para sí o para venderla, debe morir”.
(21:16”.

“El que maldiga a su padre o a su madre debe morir”. (21:17).

“El que ofreciere sacrificios a otros dioses que no sea Jehová, debe morir”. (22:20).

“Quien aflija a viuda o a huérfano, debe morir”. ((22:22-24).

Concluye Jehová: *“Todo lo que os he dicho, guardadlo”*. (23:13).

MUEREN TRAGADOS POR LA TIERRA

El primer versículo de la Biblia dice que en el principio Dios creó la tierra. Un día esa tierra se abrió para sepultar en ella varias personas.

Esta es la historia.

Un hombre llamado Coré, sin más nombre ni apellidos, nacido en Canaán, juntó a una tropa de doscientos cincuenta varones y se enfrentó a Moisés y Aarón y les dijeron: *“¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?”*. (Números 16:3).

Descendiente de Yishar, hermano de Amram, padre de Moisés, Coré era primo hermano de Moisés y de Aarón.

En la familia, un miembro generoso constituye una alegría; un miembro comido por la envidia supone una fuente de problemas.

La rebelión de Coré y de las personas que le apoyaron, entre las que había príncipes y otra gente de nombradía, representaba el descontento de éstos por las prerrogativas espirituales de la tribu de Leví, así como quejas por el monopolio sacerdotal por parte de la familia de Aarón. Por otro lado, andaban resentidos contra los dos hermanos por lo que ellos creían un monopolio de la jefatura de Israel. Entre los sublevados destacaban dos

hombres importantes: Datán, de la tribu de Rubén, y Abbiram, uno de los biznietos de Rubén.

Moisés convocó a Coré y a todo su séquito a una reunión a la puerta del tabernáculo. Jehová dijo a los dos hermanos: *“Apartaos de entre esta congregación, y los consumiré en un momento”*.

Pero Moisés y Aarón, apiadados de la suerte que esperaba a los israelitas, intercedieron por ellos y Dios consintió en castigar únicamente a los cabecillas de la revuelta.

Moisés apartó a la muchedumbre para que no recibieran la sanción divina y les dirigió unas palabras. Cuando acabó de hablar *“Abrió la tierra su boca y los tragó a ellos, a sus casas, a todos los hombres de Coré, y a todos sus bienes. Y ellos, con todo lo que tenían, descendieron vivos al Seol, y los cubrió la tierra, y perecieron en medio de la congregación”*. Números (16:1-34).

El Seol era considerado como el mundo inferior, la morada subterránea de los muertos.

MATAN EN EL DESIERTO

Otro episodio de ingratitud y de insultos a Jehová.

Cuando el pueblo de Israel vagaba por el desierto Moisés envió a doce hombres para que inspeccionaran la tierra de Canaán, a la que se dirigían por orden de Jehová. Entre los doce figuraban Oseas, de la tribu de Benjamín, y Caleb, de la tribu de Judá. Oseas era el nombre primitivo de

Josué, ayudante de Moisés, a quien éste cambió el nombre. Todos los elegidos para esta labor de espionaje eran príncipes de Israel.

Diez de ellos regresaron con malas noticias: *“No podemos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros. La tierra por donde pasamos para reconocerle, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de grande estatura. También vimos allí gigantes”*. (Números 13: 31-33).

La versión de Josué y de Caleb era otra, de optimismo y de fe: *“La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si Jehová se agradare de nosotros, él nos llevará a esta tierra y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra”*. (Números 14:6-9).

Parece ser tendencia del ser humano no creer las buenas noticias y dar crédito a las malas. *“Entonces toda la congregación gritó, y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche. Y se quejaron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean presa?”* (Números 14:1-3).

Los violentos reaccionarios fueron más allá de las palabras: La multitud habló de apedrear a los cuatro líderes: Moisés, Aarón, Josué y Caleb. Entonces *“la gloria de Jehová se mostró en el tabernáculo de reunión. Y dijo Jehová: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos? Los heriré de mortandad... Vuestros cuerpos caerán en este desierto... En este desierto serán consumidos, y ahí morirán... Y aquellos varones que habían*

hablado mal de la tierra, murieron de plaga delante de Jehová”. (Números 14: 11-12 y 37).

MATAN A VENTICUATRO MIL

Sigue la desobediencia del pueblo hebreo y sus recaídas antes de entrar a la tierra prometida. En esta ocasión Israel estaba acampado en Sitim, en las estepas de Moab, última estación antes del paso del Jordán. En Sitim Josué fue escogido líder de Israel en lugar de Moisés, según Deuteronomio 31:7. De Sitim Josué envió secretamente a dos espías a Jericó para reconocer la tierra (Josué 2:1). El lugar era considerado ideal para el pastoreo. Los pastores israelitas coincidían con moabitas y también con madianitas, gente de dos pueblos cuyos habitantes no reconocían al Dios Jehová. A tal extremo llegó esta familiaridad, que los israelitas mantenían relaciones sexuales con mujeres moabitas y se prostituyeron espiritualmente, inclinándose a sus dioses paganos.

Ante esta situación *“el furor de Jehová se encendió contra Israel, y dijo a Moisés: Toma a todos los príncipes y ahórcalos. Entonces Moisés dijo a los jueces de Israel: Matad cada uno a aquellos de los vuestros que se han juntado con Baal-peor”* (considerado dios malvado de los moabitas). Números 25: 3-5).

A todo esto, un israelita llevó a su casa una mujer madianita. Presenció la escena el sacerdote Finees, nieto de Aarón, quién tomó una lanza y mató a la pareja mientras dormían.

Los jueces de Israel a quienes Moisés ordenó matar a los que abandonaran a Jehová para adorar a falsos dioses, provocaron una matanza en la que murieron *“veinticuatro mil”* personas, según Números 25:9.

MATAN A VARONES

Antes de morir, Moisés recibió esta orden de parte de Jehová: *“Hostigad a los madianitas, y heridlos”*. (Números 25:17). Ahora, en el capítulo 31, el autor del libro narra el cumplimiento de esta orden. Moisés reúne un ejército de doce mil hombres, mil de cada tribu hebrea. *“Y pelearon contra Madián, como Jehová lo mandó a Moisés, y mataron a todo varón. Mataron también, entre los muertos de ellos, a los reyes de Madián, Hur, Evi, Requem, Zur y Reba, cinco reyes de Madián; también a Balaam, hijo de Beor mataron a espada. Y los hijos de Israel llevaron cautivas a las mujeres de los madianitas, a sus niños, y todas sus bestias y todos sus ganados; y arrebataron todos sus bienes, e incendiaron todas sus ciudades, aldeas y habitaciones, y tomaron todo el despojo, todo el botín, así de hombres como de bestias”*. (Números 31: 7-11).

Derrotados los madianitas, la matanza parece desproporcionada, conforme a las crueles costumbres de guerra de época. Aun así Moisés sale al encuentro de los vencedores y se enoja contra los capitanes por haber dejado vivas a todas las mujeres. Les da otra orden sangrienta: *“Matad, pues ahora a todos los varones de entre los niños; matad también a toda mujer que haya conocido varón carnalmente, pero a todas las niñas entre*

las mujeres, que no hayan conocido varón, las dejaréis vivas”. (Números 31: 17-18).

La cruel orden libra de la matanza sólo a las jóvenes vírgenes.

MATAN A HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS

La narración del capítulo tres en el libro de Deuteronomio es paralela a la de Números 21: 33-34.

Basán era un reino situado en la altiplanicie del río Jordán, famosa por sus ricos pastos. En una época perteneció al imperio de David. Contenía 60 ciudades fortificadas y un gran número de poblaciones sin muros. Tenía fama de ser tierra de gigantes. La cama del rey de Basán medía cuatro metros y medio de larga y dos de ancha.

Cuando tiene lugar la historia que aquí se cuenta, el rey de Basán, llamado en la Biblia Og, mantenía frecuentes batallas con Israel. Al término de una de estas batallas Israel cuenta cómo derrotaron a los de Basán en Edrei, una de sus dos capitales, identificada actualmente con la siria Derat, a 127 kilómetros al sur de Damasco: *“Tomamos entonces todas sus ciudades; no quedó ciudad que no les tomáramos; 70 ciudades, toda la tierra del reino de Og en Basán. Las destruimos, como hicimos a Sehón, rey de Hesbón, matando en toda ciudad a hombres, mujeres y niños. Y tomamos para nosotros todo el ganado, y los despojos de las ciudades”.* (Deuteronomio 3: 4-7).

La iniciativa de esta sangrante historia vino de parte de Moisés, tal como se lee en los primeros versículos de Deuteronomio: *“Estas son las palabras que habló Moisés a todo Israel a este lado del Jordán en el desierto... a los cuarenta años, en el mes undécimo, el primero del mes, Moisés habló a los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová le había mandado”*. (Deuteronomio 1: 1-3).

MATAN A LOS SOÑADORES

El capítulo 13 de Deuteronomio registra la aplicación de tres penas de muerte: A los que seducen a otros pretextando falsos sueños y falsas revelaciones divinas; a los familiares apóstatas y a los seductores de toda una ciudad.

“Cuando se levantare en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciare señal o prodigios... no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños.... Tal profeta o soñador de sueños ha de ser muerto”. (Deuteronomio 13: 1-5).

La razón de esta firme condena es la convicción de que sólo Jehová es el Dios verdadero. Quien contra Jehová atenta es también culpable de ir contra la religión y contra la patria.

“Si te incitare tu hermano, hijo de tu madre, o tu hijo, tu hija, tu mujer o tu amigo íntimo, diciendo en secreto: Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que ni tú ni tus padres conocisteis... Ni le tendrás misericordia, ni lo encubrirás, sino que lo matarás; tu mano se alzará primero sobre él para

matarle... Le apedrearás hasta que muera, por cuanto procuró apartarte de Jehová tu Dios". (Deuteronomio 13: 6-10).

Férrea ley contra el proselitismo religioso, tan en boga en nuestros días. El clímax del versículo 9 muestra toda la fuerza del celo religioso por Jehová, que excluye a cualquier otra divinidad.

"Si oyeres que se dice de alguna de tus ciudades que Jehová tu Dios te da para vivir en ellas, que han salido de en medio de ti hombres impíos que han instigado a los moradores de su ciudad, diciendo: Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que vosotros no conocisteis; tú inquirirás, y buscarás y preguntarás con diligencia; y si pareciere verdad, cosa cierta, que tal abominación se hizo en medio de ti, irremisiblemente herirás a filo de espada a los moradores de aquella ciudad, destruyéndola con todo lo que en ella hubiere, y también matarás sus ganados a filo de espada". (Deuteronomio 13: 12-15).

El caso de esta ciudad es distinto a los dos anteriores. Aquí no se trata de los que seducen, sino de los que se dejan seducir. El castigo de Jehová no va contra un individuo, sino contra todos los habitantes de la ciudad culpable.

MATAN A DOCE MIL

Según Génesis 12: 8, Hai era una ciudad situada en la parte central de Palestina, al oriente de Betel. Conquistada Jericó, Josué planea la toma de Hai. Piensa en atacar con un gran ejército, pero sus asesores militares le

dicen que bastará con dos o tres mil hombres. Josué, sucesor de Moisés en la jefatura de Israel, manda a aquella supuesta miniguerra a tres mil hombres. Todos huyeron ante los guerreros de Hai, quienes mataron a treinta y seis mil israelitas.

Josué se queja a Jehová por la derrota. Jehová le dice que no se debe a la fortaleza de los guerreros de Hai, sino a un pecado cometido por un miembro del ejército israelita. Después de muchas averiguaciones localizan al pecador. Se trataba de un miembro de la tribu de Judá llamado Acán. Este intenta disculparse ante Josué: *“Y Acán respondió a Josué diciendo: Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel, y así y así he hecho. Pues vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro de peso de cincuenta siclos, lo cual codicié y tomé; y he aquí que está escondido bajo tierra en medio de mi tienda, y el dinero debajo de ello”*. (Josué 7: 20-21).

La sentencia de Josué fue fulminante: El *“y todo Israel con él, tomaron a Acán hijo de Zera, el dinero, el manto, el lingote de oro, sus hijos, sus hijas, sus bueyes, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo cuanto tenía, y lo llevaron todo al valle de Acor. Y le dijo Josué: ¿Por qué nos has turbado? Túrbete Jehová en este día. Y todos los israelitas los apedrearon, y los quemaron después de apedrearlos”*. (Josué 7: 24-25).

Quitado el pecado, Jehová ordena a Josué que emprenda otra batalla contra la ciudad Hai. Josué acude con un ejército convenientemente adiestrado y preparado. El rey de Hai sale con sus hombres al encuentro de la inmensa tropa israelita, pero emboscado José con una sutil estratagema vence a Israel.

Según la referencia bíblica, *“el número de los que cayeron aquel día, hombres y mujeres, fue de doce mil todos de Hai. Y al rey de Hai lo colgó de un madero hasta caer la noche”*. (Josué 8: 25-29).

La victoria sobre Hai permitió a los israelitas entrar en el corazón de Canaán. En la destruida Hai se asentó la tribu de Efraín, hijo menor de José y de Asenat.

MATAN EN OCHO CIUDADES

Embravecido por la victoria contra los de Hai, Josué continúa arrasando otras ciudades.

Ciudad de los amorreos.

“Y mientras iban huyendo de los israelitas, a la bajada de Bet-horón, Jehová arrojó desde el cielo grandes piedras sobre ellos hasta Azeca, y murieron; y fueron más los que murieron por las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel mataron a espada”. (Josué 10: 11).

A cinco reyes de los amorreos que fueron capturados, *“Josué los hirió y los mató”*. (Josué 10: 26).

Ciudad de Maceda.

“Tomó Josué a Maceda, y la hirió a filo de espada, y mató a su rey; por completo los destruyó, con todo lo que en ella tenía vida, sin dejar nada”. (Josué 10: 28).

Ciudad de Libna:

“Jehová la entregó también a ella y a su rey en manos de Israel; y la hirió a filo de espada, con todo lo que en ella tenía vida, sin dejar nada”. (Josué 10: 30).

Ciudad de Laquis.

“Jehová entregó a Laquis en mano de Israel, y la tomó al día siguiente, y la hirió a filo de espada, con todo lo que en ella tenía vida, así como había hecho en Libna”. (Josué 10: 32).

Ciudad de Eglón.

“De Laquis pasó Josué, a Eglón; y la tomaron el mismo día, y la hirieron a filo de espada; y aquel día mató a todo lo que en ella tenía vida”. (Josué 35).

Ciudad de Hebrón.

“Subió luego Josué, y todo Israel con él, de Eglón a Hebrón, Y tomándola, la hirieron a filo de espada, a su rey y a todas sus ciudades, con todo lo que en ella tenía vida, sin dejar nada”. (Josué 10: 36-37).

Ciudad de Debir.

“Volvió Josué, y todo Israel con él, sobre Debir, y combatió contra ella; y la tomó, y a su rey, y a todas sus ciudades; y las hirieron a filo de espada, y destruyeron todo lo que allí dentro tenía vida, sin dejar nada”. (Josué 10: 38-39).

Ciudad de Hazor.

El rey de Hazor declaró la guerra a Josué. El caudillo israelita le plantó cara y ganó. *“Y Josué mató a espada a su rey... y mataron a espada a todo cuanto en ella tenía vida, destruyéndolo por completo, sin quedar nada que respirase; y a Hazor pusieron fuego”*. (Josué 11: 1-11).

El capítulo 12 de Josué contiene una relación de dieciséis reyes asesinados por el caudillo: *“Asimismo tomó Josué todas las ciudades de aquellos reyes, y a todos los reyes de ellas, y los hirió a filo de espada, y los destruyó”*. (Josué 11: 12).

En esa campaña bélica, dura y prolongada, resumida en pocas líneas, Josué siguió el mismo esquema: Entrar en las ciudades, destruirlas y matar a todos los que tenían vida.

MATAN A BALAAM

Balaam era un personaje peculiar. La Biblia lo presenta como vulgar adivino. En una ocasión el rey Moab, en guerra con Israel, lo contrata para que maldiga al pueblo judío. Balaam se pone en camino. Cuando montado en su asna se dirige a hacer el trabajo encomendado, un ángel le sale al paso con una espada desenvainada. *“Y viendo el asna al ángel de Jehová, se echó debajo de Balaam. Y Balaam se enojó y azotó al asna con un palo. Entonces Jehová abrió la boca al asna, la cual dijo a Balaam: ¿Qué te he*

hecho yo, que me has azotado tres veces? Y Balaam respondió al asna: ¡Ojalá tuviera espada en mi mano, que ahora te mataría! Entonces Jehová abrió los ojos de Balaam, y vio al ángel de Jehová que estaba en el camino, y tenía su espada desnuda en su mano. Y Balaam hizo reverencia, y se inclinó sobre su rostro". (Números 22: 25-31).

Después del encuentro con el ángel de Jehová, Balaam cambia sus primeras intenciones. En lugar de maldecir a los israelitas, los bendice. Pronuncia cuatro parábolas o profecías que se encuentran en los capítulos 23 y 24 del libro de los Números.

En la primera parábola Balaam dice que Israel no puede ser maldecido porque Dios no lo maldice. En la segunda proclama que Israel es un pueblo libre de iniquidad. La tercera anuncia el poder de Israel, y la cuarta predice la victoria de Israel sobre sus enemigos.

Escribiendo sobre las victorias de Moisés en los pueblos que estaban en ciudades de la llanura, Josué dice: *"También mataron a espada los hijos de Israel a Balaam el adivino, hijo de Beor, entre los demás que mataron".* (Josué 13: 22).

MATAN A 10.000 MOABITAS

Los moabitas constituían un pueblo emparentado con Israel, pero enemigo cuando tiene lugar el episodio que aquí se relata. Fundador de este pueblo fue Moab, hijo que tuvo Lot de la relación incestuosa con la mayor de sus dos hijas. (Génesis 19: 30-37). Los moabitas, originariamente

nómadas, se hicieron fuertes al este del Jordán, extendiendo sus dominios al río Arnon, que llegó a ser el límite entre la tribu de Rubén al norte y Moab al sur.

En una confrontación guerrera entre moabitas e israelitas, el juez Aod, libertador del pueblo de Israel que Jehová les levantó para que los librase del rey de Moab, *“tocó el cuerno en el monte de Efraín, y los hijos de Israel descendieron con él del monte, y él iba delante de ellos. Entonces él les dijo: Seguidme, porque Jehová ha entregado a vuestros enemigos los moabitas en vuestras manos. Y descendieron en pos de él, y tomaron los vados del Jordán a Moab, y no dejaron pasar a ninguno. Y en aquel tiempo mataron de los moabitas como diez mil hombres, todos valientes y todos hombres de guerra; no escapó ninguno”*. (Jueces 3: 26-29).

MATAN A 600 FILISTEOS

Filistía era un pueblo grande. Abrazaba la llanura de la costa del mar de Palestina que se extendía hasta Joppe al norte y *“el país del sur”* desde el Mediterráneo hasta los cerros de Judea.

Los filisteos aparecen por vez primera en el Antiguo Testamento. Abraham vivió por un tiempo en sus tierras. Desde entonces se les cita frecuentemente en la primera parte de la Biblia. Filisteo era el gigante contra el que se enfrentó el joven David. (1º de Samuel 17). Cuando Sansón cayó en sus manos y éstos lo hicieron llevar a su templo para escarnecerlo y divertirse con él, se agarró a las columnas del templo y lo derribó. Mató a

tres mil hombres y mujeres *“que estaban mirando el escarnio de Sansón”*. (Jueces 16: 23-30).

Después de la matanza de los 10.000 moabitas contada en el capítulo anterior, los israelitas evitaban los caminos y carreteras principales por temor a los filisteos. Entonces entre ellos surge un valiente guerrero llamado Samgar, el cual el sólo *“mató a seiscientos hombres de los filisteos con una aguijada de bueyes; y él también salvó a Israel”*. (Jueces 3: 31).

MATAN A 120.000

Gedeón (Jueces 6: 11) fue el quinto juez de Israel y el más importante de todos después de Samuel. La Biblia lo considera como un guerrero valiente, un excelente estratega militar y un líder indiscutible.

Ocurrió que *“los madianitas, amalecitas y los hijos del Oriente estaban tendidos en el valle como langostas en multitud, y sus camellos eran innumerables como la arena que está a la ribera del mar en multitud”*. (Jueces 7: 12).

Gedeón adiestra sólo a trescientos hombres; los dividió en tres escuadrones, *“dio a todos ellos trompetas en sus manos, y cántaros vacíos con teas ardiendo dentro de los cántaros. Y les dijo: Miradme a mí, y haced como hago yo; he aquí que cuando yo llegue al extremo del campamento, haréis vosotros como hago yo. Yo tocaré la trompeta, y todos los que estarán conmigo; y vosotros tocaréis entonces las trompetas alrededor de todo el campamento, y diréis: ¡Por Jehová y por Gedeón!”*. (Jueces 7: 16-18)

La táctica dio resultados. Los enemigos de Israel huyeron despavoridos. Por orden de Gedeón los israelitas *“tomaron a dos príncipes de los madianitas, Oreb y Zeeb; y mataron a Oreb en la peña de Oreb, y a Zeeb lo mataron en el lagar de Zeeb; y después que siguieron a los madianitas, trajeron las cabezas de Oreb y de Zeeb a Gedeón”*. (Jueces 7: 25).

“De todo el ejército de los hijos del oriente; habían caído ciento veinte mil hombres que sacaban espada”. (Jueces 8: 10).

MATAN A LOS DE PENIEL

La identificación de Peniel o Penuel, como también se la llama, es muy controvertida. Unos historiadores bíblicos la sitúan al norte del torrente de Yabboc, uno de los principales ríos de la Palestina transjordánica, otros la localizan al sur de dicho río.

Cuando tiene lugar la lucha de Jacob con el enviado de Jehová, *“Jacob llamó el nombre de aquel lugar Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma”*. (Génesis 32: 30).

Después de haber dado muerte a los príncipes Oreb y Zeed, Gedeón atraviesa el Jordán con sus trescientos hombres, cansados y hambrientos, y llega a Sucot al norte del río, donde Jacob construyó cabañas. Gedeón pide a sus habitantes que los abastezcan de pan, con el fin de poder continuar la persecución de dos reyes huidos. En términos despectivos, los de Sucot le niegan el pan, seguros de que Gedeón nunca podría apoderarse

de los perseguidos. Gedeón los amenaza: *“Yo trillaré vuestra carne con espinos y abrojos del desierto”*. (Jueces 8: 7).

De Sucot Gedeón sigue hasta Peniel, creyendo encontrar en sus habitantes lo que le negaron los de Sucot, pero allí se produce la misma escena: *“Los de Peniel le respondieron como habían respondido los de Sucot”*. (Jueces 8: 4-8).

Gedeón reacciona con ira, con violencia, con promesa de venganza: *“Cuando yo vuelva en paz, derribaré esta torre”*. (Jueces 8: 9). La torre que hacía de Peniel una ciudad fortificada. Gedeón dio cumplimiento a sus intenciones: *“Derribó la torre de Peniel, y mató a los de la ciudad”*. (Jueces 8: 17).

MATAN A ZEBA Y ZALMUNA

Gedeón continúa matando.

Zeba y Zalmuna eran dos reyes de Madián que aparecen de improviso en el relato bíblico. Mandaban un ejército de quince mil hombres, los que habían quedado de los ciento veinte mil que formaban el ejército medianita de Oriente. Estos, aterrorizados por las fuerzas de Gedeón, huyeron abandonando a sus reyes. Gedeón los persiguió hasta prenderlos, acusándolos de haber matado a sus hermanos en el monte Tabor.

“Y dijo a Jeter su primogénito: Levántate, y mátalos. Pero el joven no desenvainó su espada, porque tenía temor, pues era aún muchacho. Entonces dijeron Zeba y Zalmuna: Levántate tú, y mátanos; porque como es

el varón, tal es su valentía. Y Gedeón se levantó, y mató a Zeba y a Zalmuna; y tomó los adornos de lunetas que sus camellos traían al cuello”. (Jueces 8: 20-21).

MATA A SETENTA HERMANOS

“Y tuvo Gedeón setenta hijos que constituyeron su descendencia, porque tuvo muchas mujeres. También su concubina que estaba en Siquem le dio un hijo, y le puso por nombre Abimelec”. (Jueces 8: 30-31).

El tal Abimelec resultó un elemento con fuerte instinto asesino y con una desproporcionada ambición de poder. El hijo de la concubina aspiraba al título de rey. Su primer paso para lograrlo era la eliminación de los hijos de Gedeón.

Para lograr ambas cosas se dirige a la estratégica ciudad de Siquém, donde se reúne con miembros de su familia por parte de madre recordándoles su íntimo parentesco con la expresión *“soy hueso vuestro y carne vuestra”*, y los envía por toda la nación como propagandistas de su causa, la denominación de rey. Consiguió lo que se proponía, siendo proclamado rey *“junto al terebinto de Musabb, en Siquém”*.

A los tres años de su reinado hubo de enfrentarse a un grupo de rebeldes. Abimelec los desafía en una batalla que gana: *“Y Abimelec peleó contra la ciudad todo aquel día, y tomó la ciudad, y mató al pueblo que en ella estaba; y asoló la ciudad, y la sembró de sal”*. (Jueces 9: 45). Según Deuteronomio 29: 23, la sal era símbolo de perpetua esterilidad. Pero la

rebelión se había extendido por todo el país y Abimelec huyó a Tebes, ciudad de Efraín, a quince kilómetros al norte de Siquém. Sus seguidores prendieron fuego a la fortaleza, *“de modo que todos los de la torre de Siquém murieron, como unos mil hombres y mujeres”*. (Jueces 9: 49). Avanzando Abimelec hacia la torre, *“una mujer dejó caer un pedazo de una rueda de molino sobre la cabeza de Abimelec, y le rompió el cráneo. Entonces llamó apresuradamente a su escudero, y le dijo: Saca tu espada y mátame, para que no se diga de mí: Una mujer lo mató. Y su escudero le atravesó, y murió. Así pagó Dios a Abimelec el mal que hizo contra su padre, matando a sus setenta hermanos”*. (Jueces 9: 53-56).

MATA A MIL HOMBRES

La vida pública de Sansón, personaje ya citado en otro lugar de estas letras, se abre con el enamoramiento de una mujer filisteá llamada Dalila. Contra la oposición de los padres, que preferían para él una esposa israelita, Sansón la toma por mujer. El banquete de boda dura siete días, durante los cuales dedica a proponer a treinta compañeros varios enigmas, esperando de ellos la solución.

Dice un proverbio persa que hay cuatro cosas de las que siempre tenemos más de lo que deseamos: Pecados, deudas, años y enemigos.

Los príncipes, enemigos de Sansón, muchos, poderosos ricos, se llegan a Dalila y le propusieron: *“Engañale e infórmate en qué consiste su gran fuerza, y cómo lo podríamos vencer, para que lo atemos y lo*

dominemos; y cada uno de nosotros te dará mil cien siclos de plata". (Jueces 16: 5).

Dalila acepta. Por tres veces intenta descubrir el secreto de su fuerza. Sansón no le dice la verdad. Pero al cuarto intento de la mujer infiel, cede y le confiesa: *"Nunca a mi cabeza llegó navaja; porque soy nazareo de Dios desde el vientre de mi madre. Si fuere rapado, mi fuerza se apartará de mí, y me debilitaré y seré como todos los hombres...*

Y ella hizo que él se durmiese sobre sus rodillas, y llamó a un hombre, quien le rapó las siete guedejas de su cabeza... Mas los filisteos le echaron mano, y le sacaron los ojos, y le llevaron a Gaza; y le ataron con cadenas para que moliese en la cárcel". (Jueces 16: 17-21).

Como mujer que puede ser una diosa o una loba, con el don especial de la mentira, así era Dalila.

Estando en poder de su fuerza, Sansón despedazó a un león *"como quien despedaza a un cabrito, sin tener nada en su mano"*. Más tarde subió a Ascalón, ciudad cananea y luego Filistea, donde *"mató a treinta hombres de ellos"*. (Jueces 14: 19).

En otra ocasión, con sólo una quijada de asno, mató a mil hombres (Jueces 15: 15). ¡Qué fenómeno de hombre!

MATAN A 83.130

Un repugnante episodio viene a alterar la pacífica convivencia entre las tribus de Israel. Un levita y su concubina, de viaje con un criado y *"un*

par de asnos ensillados”, deciden pasar la noche en Gabaa, una de las ciudades en la tribu de Benjamín. Allí son hospedados por un anciano agricultor, conmovido por el triste relato del levita, que había decidido pasar la noche en la plaza de la ciudad con su concubina. Llegan a la casa unos hombres pidiendo al levita para abusar de él sexualmente. A fin de evitarlo y salvarse él, el levita les entrega a su concubina. Sobre ella se ceban bestialmente toda la noche hasta dejarla moribunda. Apenas con fuerza para arrastrarse del sitio, la concubina cae muerta a la puerta de la casa.

Abatido y en silencio, el levita carga a la muerta sobre uno de los asnos y emprende la marcha hacia su lugar en la ladera de la montaña de Efraín.

Entonces ocurre un episodio macabro, espeluznante: Llegando el levita a su casa, *“echó mano de su concubina, y la partió por sus huesos en doce partes, y la envió por todo el territorio de Israel. Y todo el que veía aquello, decía: Jamás se ha hecho ni visto tal cosa, desde el tiempo en que los hijos de Israel subieron de Egipto”*. (Jueces 19: 1-30).

El mensaje macabro del levita encuentra eco nacional. Todas las tribus de Israel se unen para exigir venganza. Envían emisarios por todas las ciudades de Benjamín diciendo: *“Entregad, pues, ahora a aquellos hombres perversos que están en Gabaa, para que los matemos, y quitemos el mal de Israel. Mas los de Benjamín no quisieron oír la voz de sus hermanos los hijos de Israel”*. (Jueces 20: 12-13).

El resultado fue la guerra. En las batallas que tuvieron lugar entre unos y otros, el ejército de Benjamín mató a treinta o cuarenta mil israelitas.

Apesadumbrados, llorosos por la derrota, los israelitas enviaron al sacerdote Finees, nieto de Aarón, que consultara a Jehová: *“¿Volveremos aún a salir contra los hijos de Benjamín nuestros hermanos, para pelear, o desistiremos? Y Jehová dijo: Subid, porque mañana yo os los entregaré”*. (Jueces 20: 27-28).

Volvieron a enfrentarse de nuevo los dos ejércitos. En esta ocasión los israelitas mataron a 43.100 hombres del ejército de Israel.

Contados los de los ejércitos de Israel y los de la tribu de Benjamín, el tema de la concubina violada ocasionó 83.130 muertos

DE NUEVO MATAN A HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS

Como en el caso de Deuteronomio 3: 6, también en Jueces 21: 10 se ordena la muerte de hombres, mujeres y niños.

Una vez conquistada Palestina y hecho el reparto correspondiente entre todas las tribus de Israel, el territorio de Galaad quedó en la parte sur de Rubén. Eusebio de Cesarea, famoso historiador, crítico y exégeta escribía esto en el siglo IV después de Cristo: *“En el monte Líbano hay además una ciudad llamada Galaad, situada en la montaña homónima; fue arrebatada a los amorreos por Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés”*.

Una de las ciudades más importantes de aquel territorio era Jabes-galaad, situada al oeste del río Jordán y del mar de Galilea. Su historia está relacionada con el rey Saúl y con la tribu de Benjamín.

Haciendo el recuento de los que habían participado en las batallas contra la tribu de Benjamín a consecuencia de la mujer violada, los jefes de Israel hallaron que los habitantes de Jabes-galaad se habían abstenido. Entonces enviaron a doce mil hombres de los más valientes, diciendo: *“Id y herid a filo de espada a los moradores de Jabes-galaad, con las mujeres y niños. Pero haréis de esta manera: mataréis a todo varón, y a toda mujer que haya conocido ayuntamiento de varón”*. (Jueces 21: 10-11).

De la matanza se libraron, incomprensiblemente, cuatrocientas chicas jóvenes, todas vírgenes, que fueron raptadas y llevadas a un campamento de hombres en Silo, tierra de Canaán. (Josué 21: 12). Silo, a treinta kilómetros al norte de Jerusalén. Allí trasladó Josué el tabernáculo con el Arca de la Alianza.

MATAN A 30.000 ISRAELITAS

El capítulo cuatro en el primer libro de Samuel nos informa sobre otras sangrientas batallas entre filisteos e israelitas.

En esta ocasión los israelitas están acampados junto a Eben-ezer. Aunque el lugar exacto de este territorio no se precisa, generalmente se afirma que se encontraba en una estribación montañosa entre Israel y la costa del Mediterráneo. El ejército filisteo se encontraba en Ofee, ciudad real cananea en la llanura de Sarón, entre Jope y el monte Carmelo. *“Y los filisteos presentaron la batalla a Israel; y trabándose el combate, Israel fue*

vencido delante de los filisteos, los cuales hirieron en la batalla en el campo como a cuatro mil hombres”. (1º de Samuel 4: 2).

Los israelitas recurren a Jehová. Mandan llevar al campamento *“el arca del pacto de Jehová de los ejércitos, que moraba entre los querubines; y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, estaban allí con el arca del pacto de Dios”.* (1º de Samuel 4:4).

Al saberlo, los filisteos tuvieron miedo. Pero reaccionaron con un grito de guerra: *“Esforzaos, oh filisteos, y sed hombres, para que no sirváis a los hebreos, como ellos os han servido a vosotros; sed hombres, y pelead.*

Pelearon, pues, los filisteos, e Israel fue vencido, y huyeron cada cual a sus tiendas; y fue hecha muy grande mortandad, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie”. (1º de Samuel 4: 10-11).

El jesuita Juan Leal dice que *“el número de 30.000 no parece ser correcto”.* Ha de tener en cuenta que la cifra no procede de un filisteo, sino de un profeta de Israel, Samuel.

MATAN A 20 HOMBRES

Otra vez israelitas y filisteos en guerra. Fenelon, escritor religioso francés del siglo XVIII, dijo en Diálogos de muertos que *“la guerra es un mal que deshonra al género humano”.* La guerra es la operación cesárea de la humanidad.

En esta ocasión fue Jonatán, hijo del rey Saúl.

Saúl y Jonatan acampaban a buena distancia el uno del otro.

Los filisteos, en esta ocasión, estaban a los lados de un desfiladero al norte de Micmás, entre Betel y Jericó.

Un día Jonatán dijo a su escudero: *“Pasemos a la guarnición de los filisteos, que está de aquel lado.*

Ven, pasemos a la guarnición de estos incircuncisos; quizá haga algo Jehová por nosotros, pues no es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos”. 1º de Samuel 14: 1 y 6).

Jefe y escudero llegan al lugar previsto. Ante el desafío de los filisteos, enterados de las intenciones de Jonatán, éste dice a su escudero: *“Sube tras mí, porque Jehová los ha entregado en manos de Israel. Y subió Jonatán trepando con sus manos y sus pies, y tras él su paje de armas; y a los que caían delante de Jonatán, su paje de armas que iba tras él los mataba. Y fue esta primera matanza que hicieron Jonatán y su paje de armas, como veinte hombres, en el espacio de una media yugada de tierra”.* (1º de Samuel 14: 12-14).

MATA A 200 FILISTEOS

El rey Saúl tenía dos hijas. El nombre de la mayor era Merab. Esta contrajo matrimonio con Adriel, meholatita, con quien tuvo cinco hijos. La menor se llamaba Mical, muy enamorada de David. Cuando toma conciencia del enamoramiento e informan a David que el padre, el rey, piensa entregársela por esposa, dice a los criados de Saúl: *“¿Os parece a*

vosotros que es poco ser yerno del rey, siendo yo un hombre pobre y de ninguna estima?”. (1º de Samuel 18: 23).

Saúl, atacado de unos celos enfermizos contra David, temía que pudiera arrebatarle el trono. Para deshacerse de él urdió una estratagema. Mandó decir a David que no quería dote por la entrega de su hija, *“sino cien prepucios de filisteos, para que sea tomada venganza de los enemigos del rey”.* La intención de Saúl era que en lucha contra los filisteos, éstos mataron a David: *“Saúl pensaba hacer caer a David en manos de los filisteos”.* (1º de Samuel 18: 25).

El prepucio es esa suave piel móvil que cubre el glande del pene. Para cortar el prepucio a un filisteo debía matarlo antes. El joven que con una honda y una piedra de río mató al gigante Goliat, dobló la demanda del rey Saúl: *“Se levantó David y se fue con su gente, y mató a doscientos hombres de los filisteos; y trajo David los prepucios de ellos y los entregó todos al rey, a fin de hacerse yerno del rey. Y Saúl le dio su hija Mical por mujer”.* (1º de Samuel 18: 27).

Después de casada con David, la enamorada Mical lo salvó de un atentado de parte del padre (1º de Samuel 19: 10-17). Durante el exilio de David, Saúl entregó Mical en matrimonio a Palti, de Galim (1º de Samuel 25: 44). Una vez muerto Saúl David reclamó que Mical le fuera devuelta. Con esto fortaleció su derecho al trono. (2º de Samuel 3: 14-16).

MATAN A 385.000 SACERDOTES

Saúl fue el primer rey que tuvo Israel al pasar este pueblo del libre sistema de tribus a la monarquía, como ha sido escrito anteriormente en estas letras. La Biblia dice de Saúl que era *“joven y hermoso. Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él: de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo”*. (1º de Samuel 9: 2).

Este hombre alto y guapo, elegido por Jehová y ungido rey por el profeta Samuel (1º de Samuel 9: 15 a 10: 1), tenía un carácter enfermizo, con ataques de hipocondría. No se fiaba en absoluto de la gente que le servía, podía llegar a la inhumana crueldad, como ordenar la muerte de hombres, mujeres, niños y un grupo de sacerdotes de Jehová, así como repetidos intentos de matar a David, quien tuvo que huir de él.

Cuando ocurre la matanza de los sacerdotes el rey Saúl estaba sentado bajo un tamarisco, árbol de pocas hojas y flores rojas, que llega a alcanzar hasta quince metros de altura. En su mano tenía la lanza, insignia de su poder real.

Muy indignado porque el sumo sacerdote Ahimelec había auxiliado a David en su huida, lo manda llamar a él y a los sacerdotes que con él estaban. El odio y el desprecio que sentía hacia Ahimelec se nota en el hecho de que no quiso usar su nombre propio al hablarle y le llama simplemente *“hijo de Ahitob”*. Ahimelec se defiende diciendo que pide a Dios por David desde tiempo atrás y que nada se había ocultado a él, al rey. A pesar de estas explicaciones, Saúl le dice: *“Sin duda morirás, Ahimelec, tú y toda la casa de tu padre. Entonces dijo el rey a la gente de su guardia que estaba alrededor de él: Volveos y matad a los sacerdotes de Jehová; porque también la mano de ellos está con David, pues sabiendo ellos que huía, no me lo descubrieron. Pero los siervos del rey no quisieron extender sus manos*

para matar a los sacerdotes de Jehová. Entonces dijo el rey a Doeg (jefe de los pastores de Saúl): Vuelve tú, y arremete contra los sacerdotes. Y se volvió Doeg el edomita y acometió a los sacerdotes, y mató en aquel día a ochenta y cinco varones que vestían efod de lino". (1º de Samuel 22: 16-18).

El número de los sacerdotes matados varía considerablemente. Mientras que el texto hebreo indica 85, el texto griego del Antiguo Testamento habla de 305, y el historiador Flavio Josefo, ya citado en estas letras, eleva la cifra a 385.000 los sacerdotes asesinados.

No calmado con esta matanza, Saúl envía a sus guerreros a Nob, patria de la costa sacerdotal, primer punto donde se refugió David ante la persecución de Saúl. Por esta razón el rey ordenó que arrasaran la ciudad con todos los habitantes: *"A Nob, ciudad de los sacerdotes, hirió a filo de espada; así a hombres como a mujeres, niños hasta los de pecho, bueyes, asnos y ovejas, todo lo hirió a filo de espada". (1º de Samuel 22: 19).*

Fue una de las matanzas más sangrientas ordenadas por Saúl.

MATAN A JONATÁN Y A SUS HERMANOS

Los acontecimientos narrados en el capítulo 31, primer libro de Samuel, remiten a tres capítulos anteriores, el 28. El ejército filisteo estaba situado en Sunem, al norte de Gilloa, donde acampó Saúl en vísperas de otra batalla contra ellos. El ejército israelita se hallaba dispuesto en los montes de Gilloa. Pronto empezó una sangrienta lucha en la llanura de Esdredon, valle que separaba Galilea de la región de Samaria.

Los filisteos atacaron con tal vigor que los israelitas se dieron a la fuga. Su ejército fue derrotado.

Los hijos de Saúl buscaron su salvación en la fuga, pero no les fue posible escapar: *“Siguiendo los filisteos a Saúl y a sus hijos, mataron a Jonatán, a Abinadab y a Malquisúa, hijos de Saúl”*. (1º de Samuel 31: 2).

Así perdió la vida Jonatán, hijo mayor de Saúl, uno de los caracteres más amables y más valerosos del Antiguo Testamento. Amó intensamente a David. Este elogió su carácter guerrero y su fidelidad de amigo, exponiendo en una ocasión su propia vida para salvar a David (1º de Samuel 23: 15-18).

A la muerte de Jonatán David compuso la primera elegía mencionada hasta aquí en las páginas de la Biblia. Tres de sus últimas estrofas se leen así:

“¡Cómo han caído los valientes en medio de la batalla!

¡Jonatán, muerto en tus alturas!

Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán,

Que me fuiste muy dulce.

Más maravilloso me fue tu amor

Que el amor de las mujeres.

¡Cómo han caído los valientes,

Han perecido las armas de guerra!”. (2º de Samuel 1: 17-27).

MATAN A SAÚL

De la muerte del rey Saúl tenemos una versión en el capítulo 31, primer libro de Samuel, y otra, más amplia, en el primer libro de las Crónicas, capítulo 10. Aquí se describe la muerte de Saúl como castigo de Jehová por su infidelidad y desobediencia: *“Así murió Saúl por su rebelión con que prevaricó contra Jehová, contra la palabra de Jehová, la cual no guardó, y porque consultó a una adivina”*. (1º Crónicas 10: 13).

La muerte del rey, fundador de la dinastía monárquica de Israel, tuvo lugar en una gran batalla contra los filisteos, donde también mataron a sus tres hijos. Cuando llegaron a Saúl queda la impresión de que no se atrevieron a acercarse demasiado a aquél valiente hombre y le dispararon con flechas: *“Y arreciando la batalla contra Saúl, le alcanzaron los flecheros, y fue herido por los flecheros”*. (1º Crónicas 10: 3).

“Entonces dijo Saúl a su escudero: Saca tu espada y traspásame con ella, no sea que vengan estos incircuncisos y hagan escarnio de mí; pero su escudero no quiso, porque tenía mucho miedo. Entonces Saúl tomó la espada, y se echó sobre ella. Cuando su escudero vio a Saúl muerto, él también se echó sobre su espada y se mató. Así murieron Saúl y sus tres hijos; y toda su casa murió juntamente con él. Y viendo todos los de Israel que habitaban en el valle, que habían huido, y que Saúl y sus hijos eran muertos, dejaron sus ciudades y huyeron, y vinieron los filisteos y habitaron en ellas’.

‘Sucedió al día siguiente, que al venir los filisteos a despojar a los muertos, hallaron a Saúl y a sus hijos tendidos en el monte de Gilboa. Y luego que le despojaron, tomaron su cabeza y sus armas, y enviaron mensajeros por toda la tierra de los filisteos para dar las nuevas a sus ídolos y al pueblo.

Y pusieron sus armas en el templo de sus dioses, y colgaron la cabeza en el templo de Dagón". (1º Crónicas 10: 4-10).

Así murió aquel rey valiente que eligió el suicidio antes que caer en mano de sus enemigos.

Había sido la fuerza de resistencia contra los filisteos. Pero a pesar de sus campañas y de haber sacrificado su propia vida, no pudo realizar su cometido. Su obsesión por matar a David empequeñeció su figura. La impresión de conjunto que ofrece la Biblia no es la de un rey de gran valía. Amargado en sus últimos años tomó algunas medidas tiránicas y crueles, como la matanza de los sacerdotes y la destrucción de la ciudad de Nob, donde mandó matar a hombres, mujeres y niños de pecho. Como en vida, también en la muerte Saúl fue el instrumento de su propia ruina.

MATAN A ABNER Y A ASael

Abner, de la tribu de Benjamín, era primo de Saúl y general en jefe de su ejército. A la muerte de Saúl y de Jonatán Abner se convirtió en jefe no sólo del ejército, también del Estado. De la matanza de los hijos de Saúl se había salvado uno, Is-boset. Abner hizo que se le reconociera como rey en todas las tribus de Israel, excepto en la tribu de Judá, que siguió fiel a David. Este tenía como jefe de su ejército a Joab, hijo de Sarvia, hermana de David, y por tanto sobrino suyo.

Los ejércitos de Joab y de Abner se enfrentaron junto al estanque de Gabaón, a ocho kilómetros al noroeste de Jerusalén. Antes de la batalla se

originó una contienda entre 12 jóvenes campeones partidarios de Joab y otros 12 partidarios de Abner.

No hubo vencedores ni vencidos. Todos muertos: *“Cada uno echó mano de la cabeza de su adversario, y metió su espada en el costado de su adversario, y cayeron a una; ...la batalla fue muy reñida aquel día, y Abner y los hombres de Israel fueron vencidos por los siervos de David”*. (2º Samuel 2: 14-17).

Abner huyó: Desde Gabaón se propuso ganar el Jordán. Lo siguió Asael, hermano de Joab, jefe del ejército de David. En un punto del camino se encontraron el fugitivo y el perseguidor, Abner y Asael. Abner le pidió que se marchara, que no quería matarlo. Al negarse, Abner lo hirió: *“Y no queriendo él irse, lo hirió Abner con el regatón de la lanza por la quinta costilla, y le salió la lanza por la espalda, y cayó allí, y murió en aquel mismo sitio. Y todos los que venían por aquel lugar donde Asael había caído y estaba muerto, se detenían”*. (2º Samuel 2: 23).

Muy dolorido por la muerte de su hermano Asael, Joab mató a Abner a traición. Lo mandó llamar pretextando que David quería hablar con él de ciertas cosas. *“Y cuando Abner volvió a Hebrón, Joab lo llevó aparte en medio de la puerta para hablar con él en secreto; y allí, en venganza de la muerte de Asael su hermano, le hirió por la quinta costilla, y murió”*. (2º Samuel 3: 27).

MATAN A IS-BOSET

Ya ha sido dicho algo de Is-boset en estas letras. Fue uno de los cuatro hijos de Saúl y el único que se salvó de la muerte en la batalla de Gilboa. Cuando Saúl muere, Abner, preocupado por conservar el poder real en su familia, entroniza a Is-boset. Más o menos todas las tribus septentrionales lo aceptan como rey, por ser hijo de Saúl. Se trataba de un nombramiento arbitrario, sin base religiosa, que contradecía la unión de David por soberano. La tribu de Judá permaneció fiel a David. Por entonces Is-boset contaba 40 años y sólo reinó dos. Tenía entre sus hombres de confianza a dos oficiales hermanos de la tribu de Benjamín, llamados Recab y Baana, que resultaron ser traidores, urdiendo la muerte de su amo. El historiador bíblico cuenta así el asesinato: *“Los hijos, pues, de Rimón beerotita, Recab y Baana, fueron y entraron en el mayor calor del día en casa de Is-boset, el cual estaba durmiendo la siesta en su cámara. Y he aquí la portera de la casa había estado limpiando trigo, pero se durmió; y fue así como Recab y Baana su hermano se introdujeron en la casa. Cuando entraron en la casa, Is-boset dormía sobre su lecho en su cámara; y lo hirieron y lo mataron, y le cortaron la cabeza, y habiéndola tomado, caminaron toda la noche por el camino del Arabá”*. (2º Samuel 4: 5-7).

Los dos hermanos asesinos llegaron hasta Hebrón, al sur de Jerusalén, lugar preferido de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. David fue ungido rey en Hebrón y allí se encontraba cuando aparecieron en la ciudad los dos criminales.

Creyendo que la muerte de Is-boset sería aplaudida y premiada por David, los dos hermanos le presentaron la cabeza del asesinado: *“Trajeron la cabeza de Is-boset a David en Hebrón, y dijeron al rey: He aquí la cabeza*

de Is-boset hijo de Saúl tu enemigo, que procuraba matarte; y Jehová ha vengado hoy a mi señor el rey, de Saúl y de su linaje". (2º Samuel 4: 8).

No esperaban aquellos criminales la reacción de David, quien no creyó que Jehová tuviera nada que ver con el crimen. Un proverbio chino dice que el agua no puede permanecer sobre las montañas, ni la venganza dentro de un corazón grande. Y grande era el corazón de David. En lugar de la alegría que los criminales esperaban, se apenó mucho y decretó la muerte de los oficiales traidores. Respondió a los dos: *"Cuando uno me dio nuevas, diciendo: He aquí Saúl ha muerto, imaginándose que traía buenas nuevas, yo lo prendí, y le maté en Siclag en pago de la nueva. ¿Cuánto más a los malos hombres que mataron a un hombre justo en su casa, y sobre su cama?... Entonces David ordenó a sus servidores, y ellos los mataron, y les cortaron las manos y los pies, y los colgaron sobre el estanque en Hebrón. Luego tomaron la cabeza de Is-boset, y la enterraron en el sepulcro de Abner en Hebrón". (2º Samuel 4: 10-12).*

MATAN A 40.000 SIRIOS

Siria como nación aparece en la Biblia 71 veces y los sirios son mencionados en 66 ocasiones. Se la cita por vez primera en Jueces: 3: 10, donde se habla del rey de Siria. En tiempos del Antiguo Testamento el territorio sirio ocupaba la franja costera que se extendía entre el Mediterráneo y el desierto de Arabia. El Nuevo Testamento llama Siria a la

provincia romana al norte de Judea y sobre la costa. La conversión del apóstol Pablo ocurre en Siria, camino de Damasco.

Cuando tiene lugar la matanza de los 40.000 sirios, el jefe del ejército de David, Joab, ya citado en otro lugar de estas letras, *“entresacó de todos los escogidos de Israel, y se puso en orden de batalla contra los sirios”*. Antes del ataque Joab pronunció un discurso a sus tropas llenos de ánimo y de fe, invocando Dios y patria, cosa que suele hacerse hasta el día de hoy por los grandes generales de ejércitos: *“Esfuézate, y esforcémonos por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios; y haga Jehová lo que bien le pareciere”*.

En una primera batalla vencieron los israelitas. Los sirios, dispuestos a seguir luchando, reunieron un gran ejército, al frente del cual estaban Hadad-ezer, rey sirio de Seba y Sobac, general de su ejército. *“Cuando fue dado aviso a David, reunió a todo Israel, y pasando el Jordán vino a Helam; y los sirios se pusieron en orden de batalla contra David y pelearon contra él. Mas los sirios huyeron delante de Israel; y David mató de los sirios a la gente de setecientos carros, y cuarenta mil hombres de a caballo; hirió también a Sobac general del ejército, quien murió allí”*. (2º Samuel 10: 17-18).

El texto presente habla de 700 carros, en tanto que el primer libro de las Crónicas cuenta 7.000. (1º Crónicas 19: 18). Con respecto a los 40.000 hombres de a caballo en el segundo libro de Samuel, parece más razonable seguir al autor de las Crónicas, que los identifica como *“hombres de a pie”*. (1º Crónicas 19: 18).

MATAN A AMNÓN

Amnón era hijo primogénito de David. Nació en Hebrón, cuando David era reconocido rey sólo por la tribu de Judá hasta la muerte de Isboset. Entonces fue entronizado rey de todo Israel. Entre las hermanas de Amnón figuraba una bella joven llamada Tamar, hermana de padre, pero no de madre. *“Y estaba Amnón angustiado hasta enfermarse por Tamar su hermana, pues por ser ella virgen, le parecía a Amnón que sería difícil hacerle cosa alguna”*. (2º Samuel 13: 2).

El hindú Rabindranath Tagore, premio Nobel de Literatura, dijo que para la mujer el amor es más importante que el sexo, en tanto que en el hombre suele ocurrir lo contrario.

La angustia que Amnón sentía por Tamar no era angustia de amor, era angustia de sexo.

Para aplacar esa angustia interviene Jonadab. Era sobrino de David y amigo de Amnón. Hombre astuto y perverso que indica a Amnón la manera de violar a Tamar. Amnón finge estar enfermo y su padre, el rey, acude a visitarle. Amnón le pide que envíe a Tamar para que le preparara unas hojuelas. A David le extrañó el deseo de Amnón, pero llevado del amor que sentía por el hijo, consintió. El violador pidió a su hermana que le llevara la comida a la alcoba. Estaban los dos solos. Los sirvientes habían sido despedidos del lugar. Cuando ella le puso la comida delante para que la comiese *“asió de ella, y le dijo: Ven, hermana mía, acuéstate conmigo. Ella entonces le respondió: No, hermano mío, no me hagas violencia; porque no se debe hacer así en Israel. No hagas tal vileza. Porque ¿adónde iría yo con*

mi deshonra? Y aun tú serías estimado como uno de los perversos en Israel. Te ruego pues, ahora, que hables al rey, que él no me negará a ti. Mas él no la quiso oír, sino que pudiendo más que ella, la forzó, y se acostó con ella.

Luego la aborreció Amnón con tan gran aborrecimiento, que el odio con que la aborreció fue mayor que el amor con que la había amado. Y le dijo Amnón: Levántate, y vete". (2º Samuel 13: 11-15).

Después de la violación Tamar rasgó la túnica de colores que llevaba y que era el distintivo de las hijas del rey en estado de virginidad; esparció ceniza sobre su cabeza para expresar el dolor que sentía y se fue gritando. Amnón creía que guardaría silencio.

Tamar se refugia en la casa de Absalón, hermano suyo de padre y madre. Absalón amaba mucho a la joven. Cuando regresa del campo y ella le cuenta lo ocurrido, le pide que guarde silencio, pero piensa en la venganza. Esta tiene lugar dos años después. Con motivo de la llamada fiesta del Esquileo, tiempo de alegría, Absalón organiza un gran banquete al que invita a todos los hijos del rey, incluido Amnón. Absalón ordenó a sus criados que cuando vieran a Amnón con exceso de vino, lo mataran, que él asumiría la responsabilidad. No le importaba matar a su medio hermano, hijo del rey y en teoría príncipe heredero, que al mismo tiempo gozaba de la inmunidad de un huésped. Pero Absalón carga sobre sí toda responsabilidad: *"Cuando el corazón de Amnón esté alegre por el vino; y al decir yo: Herid a Amnón, entonces matadle, y no temáis, pues yo os lo he mandado. Esforzaos, pues, y sed valientes. Y los criados de Absalón hicieron con Amnón como Absalón les había mandado. Entonces se levantaron todos los hijos del rey, y montaron cada uno en su mula, y huyeron". (2º Samuel 13: 28-29).*

Falsos rumores hicieron creer al rey David que Absalón había matado a todos sus hermanos. Jonadab, el mismo traidor que aleccionó a Amnón cómo violar a Tamar, aclaró al rey que el rumor no decía verdad, sólo Amnón había sido asesinado, lo cual *“porque por mandato de Absalón esto había sido determinado desde el día en que Amnón forzó a Tamar su hermana”*. (2º Samuel 13: 32).

Cuando Absalón engendró a su hija única, famosa por su belleza, le puso por nombre Tamar, en recuerdo de su hermana violada.

MATAN A ABSALÓN

Después de haber dado muerte a su hermano Amnón, temeroso de la ira de David Absalón se refugia en Gesur, en los límites del territorio israelita. Una de las esposas de David, Maaca, madre de Absalón, fue hija del rey de Gesur, Talmai. Por tanto, este rey era abuelo de Tamar y de Absalón. Con este vínculo familiar Absalón se sentía a salvo de la ira de David por el asesinato de Amnón. En Gesur permaneció Absalón tres años. David, mientras tanto, consolado por la muerte de Amnón, se consumía por la ausencia del hijo vengador.

Los sentimientos de Absalón eran menos nobles. Muerto Amnón, pretendía que recayera sobre él los derechos hereditarios. Debido a su carácter sencillo y atrayente se ganó las simpatías y el apoyo del pueblo. Cuando vio propicia la hora de apoderarse del reino inició una guerra contra David, su padre. Se sentía fuerte. Sólo en tres años consiguió formar un

poderoso partido político y un ejército que obedecía sus órdenes. Engañando a su padre llegó a instalarse con su gente en Hebrón. Allí declaró una revuelta contra el auténtico rey. La sublevación se extendió de tal manera que cuando llegó a oídos de David peligraba su vida. El anciano monarca logró reunir una gran tropa que salió al encuentro de Absalón. La distribuyó en tres divisiones, poniendo al frente de las mismas a hombres de su confianza. David permaneció en la cuesta de los olivos *“llorando, llevando la cabeza cubierta y los pies descalzos”*, lamentándose: *“Mi hijo que ha salido de mis entrañas, acecha mi vida”*. (2º Samuel 15: 30 y 16: 11). A pesar del enfrentamiento guerrero contra su hijo, David ordenó a los capitanes de su ejército: *“Tratad benignamente por amor de mí al joven Absalón”*. (2º Samuel 18: 5).

Pero allí estaba Ahitofel. Este personaje había sido consejero del rey David, llegando a gozar de gran confianza junto a él, hasta el punto de que los consejeros eran comparados con los divinos. Sin embargo, cuando Absalón se rebeló contra su padre, el traidor Ahitofel propuso al hijo de David: *“Yo escogeré ahora doce mil hombres, y me levantaré y seguiré a David esta noche, y caeré sobre él mientras está cansado y débil de manos; lo atemorizaré, y todo el pueblo que está con él huirá, y mataré al rey solo”*. (2º Samuel 17: 1-2).

Absalón quiso consultar la criminal propuesta con Husai. Este era amigo de David. Medió en la sublevación fingiéndose partidario de Absalón, pero siempre fue fiel al padre. Se opuso a los propósitos de Ahitofel de atacar inmediatamente a David, con lo que le dio tiempo al rey de llevar a cabo los preparativos para sofocar la rebelión.

En el bosque de Efraín se libró la batalla definitiva entre padre e hijo. La batalla se extendió por todo el país. Murieron 20.000 hombres. Absalón huyó en un mulo. *“y el mulo entró por debajo de las ramas espesas de una gran encina, y se le enredó la cabeza en la encina, y Absalón quedó suspendido entre el cielo y la tierra; y el mulo en que iba pasó delante... Y diez jóvenes escuderos de Joab rodearon e hirieron a Absalón, y acabaron de matarle”*. (2º Samuel 18: 9 y 15).

Cuando llegó la noticia de la muerte de Absalón a su padre el rey, su dolor fue tal que regresó a Jerusalén como si estuviera vencido. Su reacción, que ya no podía contener la emoción ni las lágrimas, fue esta:

“¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!”. (2º Samuel 18: 33).

LOS GABAONITAS MATAN A SIETE

De Gabaón y los gabaonitas ya se ha escrito en otros capítulos de estas letras. La ciudad era capital de los heveos, situada a ocho kilómetros al noroeste de Jerusalén. En ocasión de un encuentro entre gabaonitas y Josué, éste *“hizo paz con ellos, y celebró con ellos alianza concediéndoles la vida”*. (Josué 9: 15). Pero según resulta de la matanza de los siete israelitas, el rey Saúl no respetó esta alianza.

En tiempos del rey David hubo en Israel una epidemia de hambre que duró tres años consecutivos. *“David consultó a Jehová, y Jehová le dijo: Es*

por causa de Saúl, y por aquella casa de sangre, por cuanto mató a los gabaonitas". (2º Samuel 21: 1).

De esta matanza de gabaonitas por orden de Saúl nada se concreta en los libros históricos de la Biblia. Pero David la asume. Creyendo que pacificando a los gabaonitas cesaría el hambre en Israel, se dirige a ellos y les pregunta: *"¿Qué haré por vosotros, o qué satisfacción os daré, para que bendigáis la heredad de Jehová? Ellos respondieron al rey: De aquel hombre que nos destruyó, y que maquinó contra nosotros para exterminarnos sin dejar nada de nosotros en todo el territorio de Israel, désenos siete varones de sus hijos, para que los ahorquemos delante de Jehová". (2º Samuel 21: 3-6).*

Según se deduce de Números 35: 29-33, la sangre derramada injustamente debía ser expiada por la sangre del culpable. Los gabaonitas no se muestran interesados en dinero. Tampoco quieren la muerte de cualquier israelita. Consideran culpable a Saúl, y aunque no mencionan su nombre declaran abiertamente su odio hacia él. Puesto que Saúl ha muerto, la venganza se dirige a sus descendientes. El número siete, de carácter sagrado, representa plenitud, totalidad.

A qué extremo llega esta historia que un hombre tan valiente como David, guerrero vencedor en muchas batallas, victorioso en innumerables intentos por matarle, cede ante aquellos gabaonitas y les entrega a siete descendientes de Saúl: Dos hijos y cinco sobrinos. Los gabaonitas *"los ahorcaron en el monte delante de Jehová; y así murieron juntos aquellos siete". (2º Samuel 21: 9).*

Los gabaonitas consideran la muerte de estos siete como un acto religioso, por eso en el versículo seis anticipa que querían a los siete para ahorcarlos *“delante de Jehová”*.

¡Cuántos hombres, mujeres, niños, jóvenes, ancianos han sido asesinados desde que el mundo es mundo en nombre de Dios!

En el caso de los siete, Bressan comenta: *“al lado de cada víctima se puso un gabaonita armado con una espada o lanza, y, a una señal dada, las siete espadas atravesaron a las víctimas, que cayeron muertos al mismo tiempo”*.

¡Horror!

MATAN A UN FILISTEO

Los versículos 15 al 17 en el capítulo 21, segundo libro de Samuel, narran ciertas hazañas de algunos valientes de David en lucha contra los filisteos, que se prolonga hasta el resto del capítulo.

Cansado David por las continuas luchas, otro gigante filisteo parecido al Goliat que él mató, llamado Isbi-benob, trató de matar al rey. Este gigante pertenecía a una familia de ellos que vivían en Palestina. La punta de la lanza que manejaba *“pesaba trescientos siclos de bronce y estaba ceñido con una espada nueva”*.

El peso de la lanza era de dos kilos y medio. La aclaración de que ceñía una espada nueva quiere indicar que su espada era extraordinaria y formidable.

Esta vez no es David quien se enfrenta al gigante, como hizo con Goliat, sino su sobrino Abisai, hijo de Sarvia, su hermana. Este *“hirió al filisteo y lo mató”*. (2º Samuel 21: 15-17).

MATAN A CUATRO GIGANTES

Después de matar al gigante Isbi-benob, quien a su vez trató de matar a David con una espada nueva, el rey de Israel continuó su guerra contra gigantes. Los guerreros a sus órdenes mataron a cuatro de ellos. *“Sibecai husatita mató a Saf, quien era uno de los descendientes de los gigantes. ...Elhanán, mató a Goliat geteo, el asta de cuya lanza era como el rodillo de un telar. ... había un hombre de gran estatura, el cual tenía doce dedos en las manos, y otros doce en los pies, y lo mató Jonatán, hijo de Simea hermano de David. ... Benaía hijo de Joiada, mató él a un egipcio, hombre de gran estatura; y tenía el egipcio una lanza en su mano”*. (2º Samuel 21: 18-22 y 23: 20-22).

Parece que no hay razón suficiente para quitar el episodio de Goliat de la vida de David. La victoria en estas guerras se atribuye al rey. Según segundo de Samuel 12: 28, parece que era costumbre atribuir a David lo que hacían sus hombres.

MATAN A MILES DE FILISTEOS

Tras la matanza de los gigantes continuó la guerra entre israelitas y filisteos. En segundo de Samuel 23: 8-12 figura un catálogo de las batallas en las que tomaron parte *“los valientes de Israel”*, como consta en la Biblia. La relación de estos héroes se repite en el capítulo 11 del primer libro de las Crónicas.

El primero de estos “valientes” fue Joseb-basebet, *“que mató a ochocientos hombres”*.

El segundo “valiente” fue Eleazar, quien *“hirió a los filisteos hasta que su mano se cansó, y quedó pegada a la espada”*.

Después de Eleazar fue Sama. De éste sólo se dice *“que mató a los filisteos; y Jehová dio una gran victoria”*.

La anterior relación de “valientes” está detallada en el segundo libro de Samuel, 23: 8-12. El autor de las Crónicas añade un cuarto “valiente”, Alisai, hijo primogénito de Sarvia, hermana de David, y mencionada en otro lugar de estas letras. De Alisai se escribe que *“blandió su lanza contra trescientos y los mató”*. (1º Crónicas 11: 20).

Todos estos “valientes” pusieron al servicio del rey su bravura, colaborando así al plan salvífico de Jehová mediante la dinastía davídica.

No todos los llamados valientes eran israelitas. Entre ellos había un arameo, (1º Crónicas 11: 35). Un amonita, (1º Crónicas 11: 39). Un hitita, (1 Crónicas 11: 41). Y un moabita, (1º Crónicas 11: 46).

Uno de los llamados padres de la Iglesia, san Jerónimo, quien vivió entre los siglos IV y V después de Cristo, comentando estas guerras contra los filisteos dice que *“David se hacía tierno como un gusanillo cuando*

estaba sentado estudiando la ley, y duro como madera cuando marchaba a la guerra”.

MATAN A JOAB

De Joab, sobrino de David y jefe del ejército durante casi todo su reinado, se ha escrito con detalles en otros capítulos de estas letras.

Cuando matan a Joab había cambio de rey en Israel. En lugar de David, fallecido en Jerusalén tras 40 años de reinado, ocupaba el trono su hijo Salomón. Este no era partidario de Joab, a quien acusaba de crueles matanzas. Joab lo sabía. Temiendo la ira del rey se refugió en el altar del tabernáculo. Sabía que allí el derecho de asilo estaba regulado por el código sacerdotal. Con todo, la orden de Salomón fue tajante y absoluta. Dijo al guerrero Benaía, quien había colaborado con él en el establecimiento del reino: *“Ve y arremete contra él”.*

Benaía entró en el tabernáculo, transmitió a Joab la orden de Salomón, le pidió que abandonara el lugar, pero se resistió: *“No, sino que aquí moriré”.* Volvió Benaía al rey, lo puso al tanto de lo que Joab había dicho y Salomón, indignado, volvió a decir al mensajero: *“Haz como él ha dicho; mátale y entiérrale, y quita de mí y de la casa de mi padre la sangre que Joab ha derramado injustamente. ...Entonces Benaía hijo de Joiada subió y arremetió contra él, y lo mató; y fue sepultado en su casa en el desierto”.* (1º Reyes 2: 28-34).

En toda su actuación Joab dio pruebas de ser un hábil estratega y un valiente conductor de tropas. Llegó a ser nombrado generalísimo de los ejércitos de Israel debido a su valor en la toma de la fortaleza de Yebría, nombre de Jerusalén antes de la conquista davídica, donde fue el primero en entrar.

MATAN A MÁS DE 18.000

Génesis 36: 42 dice que *“Edom es el mismo Esaú, padre de los edomitas”*.

Al tratar la historia que se cuenta en este capítulo los edomitas ocupaban una región montañesa al sur de Moab.

Los primeros incidentes guerreros de que existen noticia entre edomitas e israelitas tuvieron lugar durante el reinado de Saúl: *“Después de haber tomado posesión del reinado de Israel, Saúl hizo guerra a todos sus enemigos en derredor contra Edom”*. (1º Samuel 14: 47).

Mientras el ejército de David, al mando del general Joab, estaba ocupado en organizar los nuevos dominios arameos en la frontera septentrional del reino, los edomitas irrumpen violentamente en el Negeb, región de Palestina muy poblada. El salmo 59 constituye un eco de esta invasión.

David pasa al contrataque, *“Cuando regresaba de derrotar a los sirios, destrozó a dieciocho mil edomitas en el Valle de la Sal”*. (2º Samuel 8: 13). Este valle ha sido identificado al sur del Mar Muerto.

La victoria de David sobre los edomitas se completa con datos nuevos referidos a Joab: *“Cuando David estaba en Edom, y subió Joab el general del ejército a enterrar los muertos, y mató a todos los varones de Edom. ...porque seis meses habitó allí Joab, y todo Israel, hasta que hubo acabado con todo el sexo masculino en Edom”*. (1º Reyes 11: 15-16).

Se estima que el número total de edomitas matados por Joab fue superior a los 18.000 matados por David.

MATAN A LA FAMILIA DE JEROBOAM

Joroboam fue un rey que gobernó durante 22 años la nación de Israel. Era muy inteligente. Interesado en que los santuarios de adoración fueron atractivos para el pueblo, se decidió a fomentar algunas tendencias idolátricas, sin duda, por el afán de imitar a los pueblos paganos fronterizos y por el influjo que estos ofrecían. Sus iniciativas en este sentido constituían una desviación relacionada con los cultos paganos a la fertilidad. Estos cultos empezaron a ser servidos por sacerdotes que no pertenecían a la tribu de Leví.

Jehová castigó a Jeroboam por sus defecciones religiosas. No lo mataron, murió tranquilamente en su cama. *“El tiempo que reinó Jeroboam fue de veintidós años; y habiendo dormido con sus padres, reinó en su lugar Nadab su hijo”*. (1º Reyes 14: 20). *Con todo, su desviación religiosa “fue causa de pecado a la casa de Jeroboam, por lo cual fue cortada y raída de sobre la faz de la tierra”*. (1º Reyes 13: 34).

Este castigo lo materializó Baasa, rey que gobernó a Israel durante 24 años, exterminando a toda la familia de Jeroboám. Cuando Baasa ocupó el trono *“mató a toda la casa de Jeroboam, sin dejar alma viviente de los de Jeroboam, hasta raerla, conforme a la palabra que Jehová habló por su siervo Ahías sionita; por los pecados que Jeroboam había cometido, y con los cuales hizo pecar a Israel; y por su provocación con que provocó a enojo a Jehová Dios de Israel”*. (1º Reyes 15: 27-30).

MATAN A ELA

Los hombres muy comedores y bebedores están expuestos a peligros y enfermedades. Hay que abreviar la cena. Reducir la bebida.

Son consejos de Benjamín Franklin, estadista norteamericano, puritano y religioso.

Ela se perdió por no haber tenido en cuenta esas observaciones y recomendaciones. Ela fue soberano del reino israelita del norte, donde gobernó sólo dos años. Vivió entregado a los placeres de la comida y la bebida mientras su ejército guerreaba en Gibetón, ciudad de los filisteos. Uno de los jefes de sus carros de caballería, Zimri, lo mató cuando estaba borracho: *“En el año veintiséis de Asa rey de Judá comenzó a reinar Ela hijo de Baasa sobre Israel en Tirsa; y reinó dos años. Y conspiró contra él su siervo Zimri, comandante de la mitad de los carros. Y estando él en Tirsa, bebiendo y embriagado en casa de Arsa su mayordomo en Tirsa, vino Zimri*

y lo hirió y lo mató, en el año veintisiete de Asa rey de Judá”. (1º Reyes 16: 8-10).

No conforme con haber matado a Ela, Zimri mató también a todos los familiares, descendientes de su padre Baasa: *“Así exterminó Zimri a toda la casa de Baasa, conforme a la palabra que Jehová había proferido contra Baasa por medio del profeta Jehú, por todos los pecados de Baasa y los pecados de Ela su hijo, con los cuales ellos pecaron e hicieron pecar a Israel, provocando a enojo con sus vanidades a Jehová Dios de Israel”.* (1º Reyes 16: 12-13).

MATAN A ACAB

Vamos por partes.

Después de matar a Ela y de exterminar a todos los descendientes de su padre Baasa, Zimri reinó sobre Israel nada más que siete días. (1º Reyes 16: 15). En su lugar fue proclamado rey un general del ejército llamado Omri.

A Zimri no lo mataron, se suicidó, prendiendo fuego al palacio con él dentro. Morir quemado debió ser una muerte horrible, muy practicada en Japón durante la segunda guerra mundial. (1º Reyes 16: 18). En cuanto a Omri, nadie lo mató, murió de muerte natural. A quien sí mataron fue a su hijo Acab.

Acab fue el séptimo rey de Israel y reinó a lo largo de 22 años. Los comentaristas de los libros históricos de la Biblia dicen de Acab que fue un

rey muy inteligente, especialmente en política exterior. Guerreó contra reyes de su tiempo como Ben Hadad, arameo, y Salmanasar, sirio. Contrajo matrimonio con la conflictiva Jezabel, de quien trataremos en otro capítulo de estas letras. En política interna Acab se caracterizó por el florecimiento económico. El comercio con los fenicios aportó gran riqueza al país. Su semblanza moral quedó empeñada por tolerar a su mujer el culto al dios pagano Baal y por su saña contra los profetas de Israel. De este modo Israel llegó bajo Acab al borde del abismo, hasta que la actuación del profeta Elías en el monte Carmelo decidió a favor de Jehová.

La muerte de Acab fue humillante y trágica. En guerra contra Ben Hadad, arameo rey de Siria, *“un hombre disparó su arco a la ventura e hirió al rey de Israel por entre las junturas de la armadura, por lo que dijo él a su cochero: Da la vuelta, y sácame del campo, pues estoy herido. Pero la batalla había arreciado aquel día, y el rey estuvo en su carro delante de los sirios, y a la tarde murió; y la sangre de la herida corría por el fondo del carro.... Y lavaron el carro en el estanque de Samaria; y los perros lamieron su sangre y también las ramera se lavaban allí, conforme a la palabra que Jehová había hablado”*. (1º Reyes 22: 34-38).

MATAN A JEZABEL

Acab, hijo de Omri, *“tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal, y lo adoró. E hizo altar a Baal, en el templo de Baal que él edificó en Samaria”*. (1º Reyes 16: 31-32).

Acab fue el séptimo rey que tuvo Israel, país que gobernó durante 22 años. Era israelita y jehovaista. Sin embargo, contrajo matrimonio con una mujer que no era ni lo uno ni lo otro. Era fenicia, hija del rey de Sidón, principal ciudad de los fenicios. Mujer inteligente y ambiciosa poseía tal espíritu de rechazo contra Jehová, que en ocasiones llegaba al odio. Favoreció el culto a Baal, el dios principal de la religión feniciocananea y promovió la persecución contra los profetas de Jehová por medio de sus propios servidores. De esta persecución se quejaba el profeta Elías: *“Los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas”*. (1º Reyes 19: 10).

En la cumbre del monte Carmelo, al sur de la tribu de Judá y con el consentimiento de Acab y de su esposa Jezabel, Elías convoca a 450 profetas del dios fenicio Baal y 400 de Asera, diosa cananea femenina de la fertilidad. Elías les lanza un desafío: Que prepararan un buey sobre leña sin prenderle fuego. Los de Baal estuvieron invocando a Baal desde la mañana al mediodía. *“Pasó el mediodía, y ellos siguieron gritando frenéticamente hasta la hora de ofrecerse el sacrificio; pero no hubo ninguna voz, ni quien respondiese ni escuchase”*.

Elías repite la prueba con otro buey. Manda a sus criados que llenaran cuatro cántaros de agua y los derramaran sobre la leña y sobre el buey cortado en pedazos, y a continuación invocó a Jehová. *“Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja. Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios! Entonces Elías les dijo: Prended a los profetas de Baal, para que no escape ninguno. Y ellos los*

prendieron; y los llevó Elías al arroyo de Cisón, y allí los degolló". (1º Reyes 18: 38-40).

La victoria en el monte Carmelo fue de escasa duración. Elías tenía que huir ante la amenaza de Jezabel, quien le envió un mensaje diciendo: *"Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos", es decir degollado. (1º Reyes 19: 2).*

Dos capítulos más adelante, en el 21, reaparece Elías con una profecía sobre Jezabel: *"De Jezabel ha hablado Jehová diciendo: Los perros comerán a Jezabel en el muro de Jezreel". (1º Reyes 21: 23).*

La profecía tuvo cabal cumplimiento. Llegando al valle de Jezreel el que sería el décimo rey de Israel, Jehú, ordenó a tres eunucos: Echad abajo a Jezabel por la ventana. *"Y ellos la echaron; y parte de su sangre salpicó en la pared, y en los caballos".* Después, Jehú ordenó que le dieran sepultura, pues era la hija del rey. Cuando fueron para sepultarla sólo hallaron la calavera, los pies y las palmas de las manos. Al recibir la noticia, Jehú dijo: *"Esta es la palabra de Dios, la cual él habló por medio de su siervo Elías tisbita, diciendo: En la heredad de Jezreel comerán los perros las carnes de Jezabel, y el cuerpo de Jezabel será como estiércol sobre la faz de la tierra en la heredad de Jezreel, de manera que nadie pueda decir: Esta es Jezabel". (2º Reyes 9: 30-37).*

Así acabó la existencia terrena de Jezabel, cuyo nombre ha llegado a ser proverbial para designar la inteligencia y la astucia femenina cuando están al servicio de una falsa religión, según Apocalipsis 2: 20.

MATAN A SIRIOS

Otra vez en guerra sirios e israelitas.

“Ben-adad, rey de Siria juntó a todo su ejército, y con él a treinta y dos reyes, con caballos y carros; subió y sitió a Samaria, y la combatió”.

Enterado de las hazañas del sirio, el rey Acab formó un ejército de siete mil hombres. Un profeta se llegó al rey y le dijo: *“Así ha dicho Jehová: ¿Has visto esta gran multitud? He aquí yo te la entregaré hoy en tu mano, para que conozcas que yo soy Jehová”.* (1º Reyes 21: 13).

No debe extrañar que Jehová interviniera a favor de Acab, quien había introducido en Israel cultos paganos. Se trataba de salvar a Israel, y, a pesar de todo, Acab era un monarca religioso, prueba de ello era que sus 70 hijos llevaban todos nombres relacionados con Jehová, y su mayordomo. *“Abdías era en gran manera temeroso de Jehová”.* (1º Reyes 18: 3).

Enfrentados los dos ejércitos, sirios e israelitas, los sirios fueron vencidos. Los soldados de Israel mataron *“cada uno al que venía contra él; y huyeron los sirios, siguiéndoles los de Israel. Y el rey de Siria, Ben-adad, se escapó en un caballo con alguna gente de caballería. Y salió el rey de Israel, e hirió la gente de a caballo, y los carros, y deshizo a los sirios causándoles gran estrago”.* (1º Reyes 20: 20-21).

MATAN A ADORADORES DE BAAL

De Jehú ya se ha escrito en otro lugar de estas letras. Fue el décimo rey de Israel y fundador de la quinta dinastía del reino del Norte, la cual ocupó el trono a lo largo de un siglo.

De los libros históricos de la Biblia se deduce que era costumbre matar a todos los que tenían derecho al trono.

El rey Acab tenía en Samaria 70 hijos, quienes estaban entre los principales de la ciudad. Jehú escribió a éstos una carta en la que les pedía: *“Si sois míos, y queréis obedecerme, tomad las cabezas de los hijos varones de vuestro señor, y venid a mí mañana a esta hora, a Jezreel.... Cuando las cartas llegaron a ellos, tomaron a los hijos del rey, y degollaron a los setenta varones, y pusieron sus cabezas en canastas, y se las enviaron a Jezreel”*. (2º Reyes 10: 6-7).

Nada de tiros en la cabeza con los ojos vendados. Cuellos degollados con cuchillos o machetes afilados.

A lo que parece, la crueldad, esa fuerza de los cobardes, era el instinto animal de aquellos gobernantes.

El rey continúa matando: *“Y luego que Jehú hubo llegado a Samaria, mató a todos los que habían quedado de Acab en Samaria, hasta exterminarlos, conforme a la palabra de Jehová, que había hablado por Elías”*. (2º Reyes 10: 17).

Jehú continúa los asesinatos. Astuto, finge una gran devoción al dios pagano Baal y declara un día para celebrar una reunión litúrgica en el templo que Acab erigió a Baal. Ordena que sean convocados a la reunión *“todos sus sacerdotes; que no falte uno, porque tengo un gran sacrificio para Baal; cualquiera que faltare no vivirá. Esto hacía Jehú con astucia, para exterminar a los que honraban a Baal”*. (2º Reyes 10: 19-20).

La emboscada funcionó: Cuando los adoradores de Baal concluyeron sus ritos religiosos, *“Jehú dijo a los de su guardia y a los capitanes: Entrad, y matadlos; que no escape ninguno. Y los mataron a espada, y los dejaron tendidos los de la guardia y los capitanes”*. (2º Reyes 10: 24-25).

No obstante su entusiasmo religioso, Jehú fue un usurpador. Un siglo después el profeta Oseas declaraba que las matanzas llevadas a cabo por él serían castigadas por Jehová. (Oseas 1: 4).

MATAN A ATALÍA

Dice el refrán castellano que de tal palo tal astilla, pero hay astillas que resultan más dañinas que los palos, los superan en golpes.

Tal fue el caso de Atalía. Hija del rey Acab y de la malvada Jezabel, su paso por la historia de Israel estuvo caracterizado por una crueldad de asesinatos, conspiraciones y muertes horrendas. Parecía no tener corazón humano. Su vida se cuenta en el capítulo 11 del segundo libro de los Reyes y en el 22 en el segundo libro de las Crónicas.

De joven, Atalía contrajo matrimonio con Jorán, quien ocupó el trono de Israel durante ocho años, cuatro con su padre y otros cuatro él solo. Su desgracia fue casar con Atalía, mujer que ejerció una funesta influencia en su marido y luego durante el breve reinado de su hijo Ocozías, a quien *“su madre aconsejaba a que actuase impiamente”*. (2º Crónicas 22: 3). A la muerte del hijo Atalía usurpó el trono y asesinó a toda la estirpe real: *“Cuando Atalía madre de Ocozías vio que su hijo era muerto, se levantó y*

destruyó toda la descendencia real..., los hijos del rey a quienes estaban matando". (2º Reyes 11: 1-2).

Fue convertida en reina por lo que hoy llamamos Golpe de Estado. En aquél entonces las mujeres israelitas estaban excluidas del gobierno de la nación, especialmente en la cadena monárquica. Pero con sus maquinaciones políticas y sus continuos derramamientos de sangre logró mantenerse en el trono durante seis años, aun cuando no era de la tribu de Judá ni de la raíz de David. En los años que reinó propagó el culto al dios pagano Baal. Le erigió un templo en Jerusalén, expoliando el de Jehová, cuyos objetos de culto destinó a sus servicios.

Cansado de ella el pueblo, hubo una rebelión presidida por el sumo sacerdote Joiada. Fue éste quien decidió su muerte. Antes coronó rey a Joas, hijo de Ocozías, que había escapado a la matanza ordenada por Atalía. Al enterarse, ella se refugió en el templo gritando: *"¡Traición, traición! Mas el sacerdote Joiada mandó a los jefes de centenas que gobernaban el ejército, y les dijo: Sacadla fuera del recinto del templo, y al que la siguiere, matadlo a espada. (Porque el sacerdote dijo que no la matasen en el templo de Jehová.) Le abrieron, pues, paso; y en el camino por donde entran los de a caballo a la casa del rey, allí la mataron". (2º Reyes 11: 14-16).*

El francés Jean Baptiste Racine, poeta trágico, escribió en el siglo XVII una obra teatral sobre Atalía que tuvo mucho éxito.

MATAN A JOAS

Joas fue el único hijo del rey Ocozías que no fue asesinado por la usurpadora Atalía, su abuela. Fue liberado por su tía Josaba y escondido en el templo. Creció bajo los cuidados del sumo sacerdote Joiada. A los siete años el sacerdote lo sacó del templo y lo proclamó rey: *“Le puso la corona y el testimonio, y le hicieron rey ungiéndole; y batiendo las manos dijeron: ¡Viva el rey!”*. (2º Reyes 11: 12).

Joas reinó en Israel 40 años. Los 20 primeros el sumo sacerdote ejerció fielmente como gerente del joven rey. Israel prosperó entonces. Los ídolos fueron extirpados, el templo fue reparado y el culto a Jehová cobró nueva vida.

Pero a la muerte de su protector, el sumo sacerdote, Joas cayó en la idolatría, influido por algunas personalidades del reino partidarios de Baal.

Hazael, entonces rey de Siria tras haber matado al anterior, Benadad, emprendió una intensa campaña militar contra ciudades vecinas. En lucha contra Israel tomó parte de su territorio y redujo el ejército israelita a un puñado insignificante. Desde la ciudad de Gat, que tomó en sus batallas, amenazó con ir contra Jerusalén. Temeroso de su poder, Joas le dio los tesoros del templo como rescate: *“tomó Joás rey de Judá todas las ofrendas que habían dedicado Josafat y Joram y Ocozías sus padres, reyes de Judá, y las que él había dedicado, y todo el oro que se halló en los tesoros de la casa de Jehová y en la casa del rey, y lo envió a Hazael rey de Siria; y él se retiró de Jerusalén”*. (2º Reyes 12: 18).

El autor de las Crónicas interpreta la derrota de Joas como un castigo de Jehová: *“Aunque el ejército de Siria había venido con poca gente, Jehová entregó en sus manos un ejército muy numeroso (el israelita), por cuanto habían dejado a Jehová el Dios de sus padres. Así ejecutaron juicios contra*

Joás". (2º Crónicas 24: 24). El versículo que sigue, el 25, trata de una molesta enfermedad que le amargó la vida. Murió asesinado por sus mismos servidores: *"Se levantaron sus siervos, y conspiraron en conjuración, y mataron a Joás en la casa de Milo, cuando descendía él a Sila"*. (2º Reyes 12: 20).

El asesinato fue dirigido por Josacar y Jozabad. Milo era una construcción situada al norte de Jerusalén.

Así murió Joas, el hombre que reinó a los siete años y en el que el sumo sacerdote Joiada, quien prácticamente lo educó, tenía depositadas grandes esperanzas.

Cuando tiene lugar esta historia era principal sacerdote del templo el fenicio Atam. Una vez asesinada la malvada Atalía, los israelitas se propusieron acabar con el culto a Baal. El sumo sacerdote de Jehová, Joaida, *"hizo pacto entre Jehová y el rey (se entiende Joas) y el pueblo, que serían pueblo de Jehová; y asimismo entre el rey y el pueblo"*. Los israelitas, envalentonados, entraron como pueblo *"en el templo de Baal, y lo derribaron; asimismo despedazaron enteramente sus altares y sus imágenes, y mataron a Matán sacerdote de Baal delante de los altares"*. (2º Reyes 11: 18).

MATAN A 20.000

Del asesinato de Matán tenemos dos versiones, que vienen a decir lo mismo. Una en el segundo libro de los Reyes capítulo 11 y otra en el segundo de las Crónicas, capítulo 23.

Baal era considerado esencialmente como una importante divinidad, señor del cielo. El rey Acab, traidor a la causa de Jehová, *“hizo altar a Baal, en el templo de Baal que él edificó en Samaria”*. (1º Reyes 16: 32).

A consecuencia de las luchas que había sostenido contra los sirios, el ejército de Israel estaba deshecho. Amasías reorganizó sus tropas y tomó a sueldo a cien mil mercenarios del reino de Israel. *“Un varón de Dios”*, le hizo ver que tal iniciativa no tenía la aprobación de Jehová. Entonces Amasías despidió a los contratados y perdió los cien talentos que había invertido.

El episodio siguiente fue declarar la guerra al país de Edom. Venció. En el valle de la Sal, al sur del mar Muerto, ya mencionado en otro lugar de estas letras, mató a diez mil edomitas. *“Y los hijos de Judá tomaron vivos a otros diez mil, los cuales llevaron a la cumbre de un peñasco, y de allí los despeñaron, y todos se hicieron pedazos”*. (2º Crónicas 25: 12).

Así eran aquellos guerreros, crueles, sanguinarios, inhumanos, En nuestros días un tribunal internacional los habría juzgado por crímenes de guerra.

Una conspiración contra Amasías, cuyos inspiradores se ha supuesto que fueron los sacerdotes, disgustados por su conducta idolátrica, le obligó a refugiarse en Laquis, ciudad de Judá entre Jerusalén y Gaza, *“Y se levantaron sus siervos, y mataron a Joás en la casa de Milo”*. (2º Reyes 12: 20). En este episodio Amasías se muestra benigno. Al contrario de lo que solían hacer otros reyes, Amasías respeta a los hijos de quienes mataron a su padre.

Desde el punto de vista religioso Amasías es alabado por el redactor del libro de los Reyes: *“hizo lo recto ante los ojos de Jehová... Con todo eso, los lugares altos no fueron quitados, porque el pueblo aún sacrificaba y quemaba incienso en esos lugares altos”*. (2º Reyes 14: 3-4).

Los países que circundaban al Antiguo Israel rendían culto a sus divinidades paganas en las cumbres de los montes, porque tenían la idea de que allí vivían sus dioses, cercanos al cielo.

Jehová mandó que tales lugares altos fueran destruidos: *“Destruiréis enteramente todos los lugares donde las naciones que vosotros heredaréis sirvieron a sus dioses, sobre los montes altos”*. (Deuteronomio 12: 2). Los israelitas no obedecieron esta orden de Jehová. En tiempos del rey Amasías continuaban ofreciendo sacrificio en estos montes y continuando los ritos paganos. Amasías no se molestó en poner fin a semejante sacrilegio. *“Desde el tiempo en que Amasías se apartó de Jehová, empezaron a conspirar contra él en Jerusalén; y habiendo él huido a Laquis, enviaron tras él a Laquis, y allá lo mataron”*. (2º Crónicas 25: 27).

MATAN A SALUM

Salum fue el decimoquinto rey de Israel.

Muy poco se sabe de la vida de este efímero monarca. Mató al rey anterior a él, Zacarías, y se apoderó del trono. Salum reinó sólo un mes. La ciudad de Tirsa, residencia de muchos reyes de Israel, fue el punto de partida del golpe de estado que Manahem, gobernador de Tirsa, dio contra

Salum en Samaria: *“Manahem subió de Tirsa y vino a Samaria, e hirió a Salum hijo de Jabes en Samaria y lo mató, y reinó en su lugar”*. (2º Reyes 15: 14).

No se limitó a matar a Salum; Manahem, que llegaría a ser el próximo rey de Judá, regresó a Tirsa, la saqueó. En un acto sanguinario que sólo al escribirlo causa horror, *“abrió el vientre a todas sus mujeres que estaban encintas”*. (2º Reyes 15: 16).

MATAN A PEKAIA

Después de Salum reinó en Israel Manahem, quien lo había matado. A este rey, que abrió los vientres a mujeres embarazadas, nadie lo mató. Si la suerte existe, él la tuvo. Dice la Biblia que después de haber reinado diez años sobre Israel, *“durmió en paz”*, es decir en la comodidad del lecho, de una enfermedad que no consta. Le sucedió Pekaia.

De este rey también se dice que *“Hizo lo malo ante los ojos de Jehová; no se apartó de los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel”*. (2º Reyes 15: 24).

La traición existe desde que existe el ser humano. Se ofrece una copa de veneno a quien antes se le había ofrecido cien copas de néctar.

Pekaia sólo reinó en Israel dos años. Fue traicionado por uno de sus capitanes llamado Peka. Así lo cuenta la Biblia: *“Y conspiró contra él Peka hijo de Remalías, capitán suyo, y lo hirió en Samaria, en el palacio de la casa*

real, en compañía de cincuenta hombres de los hijos de los galaaditas; y lo mató, y reinó en su lugar”. (2º Reyes 15: 25).

MATAN A PEKA

El reinado de Peka fue mucho más duradero de los dos de su antecesor Pekaia, a quien traicionó y asesinó. De Peka dice el autor de los Reyes que reinó sobre Israel 20 años. Al igual que algunos de sus antecesores, también él *“hizo lo malo ante los ojos de Jehová”*. (2º Reyes 15: 28). Sin embargo, el celo por Jehová le llevó a una despiadada matanza de israelitas. Lo cuenta el autor de las Crónicas: *“Peka hijo de Remalías mató en Judá en un día ciento veinte mil hombres valientes, por cuanto habían dejado a Jehová el Dios de sus padres”*. (2º Crónicas 28: 6).

Su conducta no puede ser más contradictoria: Hace lo malo delante de Jehová y mata a 120.000 hombres que se habían apartado del culto a Jehová. Además de los que mató, *“tomaron cautivos de sus hermanos a doscientos mil, mujeres, muchachos y muchachas, además de haber tomado de ellos mucho botín que llevaron a Samaria”*. (2º Crónicas 28: 8). La intervención de un profeta llamado Obed logró la liberación de todos los cautivos. *“vistieron a los que de ellos estaban desnudos; los vistieron, los calzaron, y les dieron de comer y de beber, los ungieron, y condujeron en asnos a todos los débiles, y los llevaron hasta Jericó, ciudad de las palmeras, cerca de sus hermanos”*. (2º Crónicas 28: 15).

En el aspecto militar, Peka no protagonizó ningún hecho meritorio. Desde Samaria decidió atacar Jerusalén ayudado por Rezín, rey de Siria, pero la expedición fue un fracaso, *“no pudieron tomarla”*.

Oseas (nada que ver con el profeta), cuando todavía no era rey, aprovechó un período de confusión en Israel *“y conspiró contra Peka, y lo hirió, y lo mató”*. (2º Reyes 15: 30).

MATAN A REZÍN

Sobre el reinado de Peka ya se ha escrito en estas letras. Fue rey de Israel. Rezín fue rey de Siria. El profeta Isaías se refiere a estos reyes como *“dos cabos de tizón que humean”*. (Isaías 7: 4).

Rezín, que algunas versiones de la Biblia escriben con ese en lugar de zeta, nació en las cercanías de Damasco. Existen pocos datos acerca de él en la Sagrada Escritura, donde se le presenta como rey de Siria, sin especificar cuándo ni en qué circunstancia subió al trono de Siria, país de superior importancia: *“En aquel tiempo comenzó Jehová a enviar contra Judá a Rezín rey de Siria”*. (2º Reyes 15: 37). *“La cabeza de Siria es Damasco, y la cabeza de Damasco, Rezín”*. (Isaías 7: 8).

Peka y Rezín eran muy amigos, aun cuando sus antecesores y los de Peka se enfrentaron en guerra. Juntos deciden tomar Jerusalén, pero fracasan: *“Rezín rey de Siria y Peka, rey de Israel, subieron contra Jerusalén para combatirla; pero no la pudieron tomar. Y vino la nueva a la casa de*

David, diciendo: Siria se ha confederado con Efraín. Y se le estremeció el corazón”. (Isaías 7: 1-2).

El ataque contra Jerusalén asustó tanto al israelita rey Acaz, que pidió ayuda al rey de Asiria Tiglat-Pileser, enviándole *“la plata y el oro que se halló en la casa de Jehová, y en los tesoros de la casa real”*. (2º Reyes 16: 7-8).

El soberano Asirio aceptó la petición de Acaz, *“subió el rey de Asiria contra Damasco, y la tomó, y llevó cautivos a los moradores a Kir, y mató a Rezín”*. (2º Reyes 16: 9).

Con la muerte de Rezín el reino de Damasco llegó a su fin.

LOS MATAN LEONES

Los leones abundaron en las regiones de Palestina durante toda la época bíblica. En la Biblia se les mencionan con abundancia de nombres en multitud de pasajes y alude con frecuencia a las cualidades y costumbres del rey de la selva: *“El león, fuerte entre todos los animales, que no vuelve atrás por nada”*. (Proverbios 30: 30). En la boca de Jacob moribundo suena muy bien el orgullo de padre al describir a uno de sus hijos: *“Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, así como león viejo”*. (Génesis 49: 9).

Personajes bíblicos relacionados con leones fueron Sansón, David, Daniel y otros. El mismo diablo se transforma en león rugiente para hacer caer a los cristianos, (1ª Pedro 5: 8).

Ocurrió que el rey de Asiria reclutó a gente de sus ciudades y las instaló en Samaria, donde vivían *“Y aconteció al principio, cuando comenzaron a habitar allí, que no temiendo ellos a Jehová, envió Jehová contra ellos leones que los mataban.... He aquí que los leones los matan, porque no conocen la ley del Dios de la tierra”*. (2º Reyes 17: 25-26).

MATAN A 185.000

Senaquerib, famoso militar y guerrero sin tregua, fue declarado heredero al trono de Asiria tras la muerte de su padre Sargón II. Dificultades internas con políticos de su propio partido, ambiciosos de poder, y con sus enemigos sirios y fenicios, retardaron su coronación como rey de Asiria. Una vez en el trono su primera medida fue declarar la guerra contra Siria y Fenicia, coronada por el éxito total. Otra campaña guerrera contra Israel, gobernada entonces por el rey Ezequías, fue interrumpida cuando este rey le pagara un fuerte tributo: *“Ezequías rey de Judá envió a decir al rey de Asiria que estaba en Laquis: Yo he pecado; apártate de mí, y haré todo lo que me impongas.... Entonces Ezequías quitó el oro de las puertas del templo de Jehová y de los quiciales que el mismo rey Ezequías había cubierto de oro, y lo dio al rey de Asiria”*. (2º Reyes 18: 14-16).

No quedó conforme Senaquerib con tanta y tan valiosa ofrenda. Su meta era la derrota completa de Israel. Hablando en lenguaje hebreo, su copero dijo al pueblo israelita: *“Así ha dicho el rey: No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar de mi mano. Y no os haga Ezequías confiar en*

Jehová, diciendo: Ciertamente nos libraré Jehová, y esta ciudad no será entregada en mano del rey de Asiria”. (1º Reyes 19: 28-30).

El engañado resultó ser él. Ezequías derramó su angustia en oración a Jehová. Y su palabra lo tranquilizó: *“Por tanto, así dice Jehová acerca del rey de Asiria: No entrará en esta ciudad, ni echará saeta en ella; ni vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra ella baluarte.... Y aconteció que aquella misma noche salió el ángel de Jehová, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos”. (2º Reyes 19: 32-35).*

Senaquerib, derrotado por Jehová, huyó a Nínive. Allí fue asesinado por sus hijos Adramelec y Serezer. (2º Reyes 19: 37).

MATAN A INOCENTE

Manasés fue el rey más impío que tuvo Israel. Del Jehová hasta entonces triunfante pasó al más abyecto paganismo. Llevó a cabo sacrificios innumerables, ritos y ceremonias paganas, incluyendo una liturgia fastuosa en el templo dedicado a Jehová, inmoralidad. No sólo reconstruyó los lugares altos, ya comentados en estas letras, que su padre Ezequías había destruido, también rindió culto al dios Baal y a todo *“el ejército del cielo”*, común entre los paganos. Altares y divinidades paganas fueron colocadas en los mismos atrios exterior e interior del templo sagrado. Impuso el culto al sol, a la luna y a la reina del cielo, Istan. En el mismo templo colocó una

imagen de Aserat, diosa cananea de la fertilidad, esposa de Baal, ya citada en estas letras. En una ocasión Manasés inmoló a sus propios hijos, pasándolos por fuego en honor a Molok, dios de los amonitas, cuyo culto se basaba en el sacrificio de seres humanos, especialmente niños: *“Y pasó sus hijos por fuego en el valle del hijo de Hinom; miraba en agujeros, era dado a adivinaciones, y consultaba a adivinos y encantadores; se excedió en hacer lo malo ante los ojos de Jehová, hasta encender su ira”*. (2º Crónicas 33: 6).

Manasés, hijo de Ezequías, sucedió a su padre como rey de Judá cuando sólo tenía doce años *“y reinó en Jerusalén cincuenta y cinco años”*. (2º Reyes 21: 1). Durante su mandato se comportó como vasallo de reyes asirios, a los que pagó fuertes tributos. Aún así fue llevado cautivo a Babilonia y puesto en libertad por el asirio Asurbanipal, a quien interesaba Manasés en Israel. Según el cronista, *“los generales del ejército del rey de los asirios, los cuales aprisionaron con grillos a Manasés, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia”*. (2º Crónicas 33: 11).

Pero no lo mataron. Nadie mató a Manasés. *“Y durmió Manasés con sus padres, y lo sepultaron en su casa”*. (2º Crónicas 33: 20).

El sí mató.

Según una tradición procedente del Talmud judío, una de sus víctimas fue el profeta Isaías. No fue el único asesinato. Dice el autor de los Reyes: *“derramó Manasés mucha sangre inocente en gran manera, hasta llenar a Jerusalén de extremo a extremo”*. (2º reyes 21: 16).

MATAN A AMÁN

Al impío Manasés le sucedió en el trono de Judá su hijo Amán, tan impío como el padre: *“Anduvo en todos los caminos en que su padre anduvo, y sirvió a los ídolos a los cuales había servido su padre, y los adoró. Y dejó a Jehová el Dios de sus padres, y no anduvo en el camino de Jehová”*. (2º Reyes 21: 20-22).

De la vida de Amán hay poco que decir. La Biblia sólo le dedica ocho versículos en el segundo libro de los Reyes, capítulo 21, y cinco en el capítulo 33 del segundo libro de Crónicas, donde se repite casi literalmente el texto de Reyes. Lo que se sabe de su gobierno oficial es que fue vasallo religioso y político de los asirios.

Amán tuvo un reinado corto. Ocupó el trono de Judá a los 22 años y permaneció en el mismo sólo dos. Sus mismos servidores urdieron una conspiración contra él *“y mataron al rey en su casa”*. No acabó ahí la matanza. *“El pueblo de la tierra”*, tal vez los partidarios de la dinastía davídica, *“mató a todos los que habían conspirado contra el rey Amán”*. (2º Reyes 21: 23-24).

Para aquella gente y aquellos tiempos la venganza constituía una obligación y un placer arraigada en sus infernales corazones.

OTRA MATANZA DE SACERDOTES

Al comentar el capítulo 22 en el primer libro de Samuel fuimos testigos de una horrible y cruel matanza de sacerdotes ordenada por el rey Saúl. Aquellos eran sacerdotes de Jehová, todos israelitas. La historia que ahora iniciamos trata de otra matanza de sacerdotes, pero en este caso se trata de sacerdotes *“de los lugares altos”*, que, como queda explicado en otro lugar de estas letras, servían a divinidades paganas.

Josías fue rey de Judá, del que trataremos en otro capítulo. Durante su reinado emprendió una reforma religiosa de grandes alcances e implicaciones políticas notables. Todas las casas de dioses paganos las quitó *“y mató además a todos los sacerdotes de los lugares altos que allí estaban, y quemó sobre ellos huesos de hombres”*. (2º Reyes 23: 19-20).

Esto tiene su explicación. Los santuarios del templo erigido por Salomón fueron profanados por aquellos sacerdotes paganos. Para vengarse, después de haberlos matados quemó sobre sus cadáveres huesos de hombres, con toda seguridad de hombres vencidos.

Así fue y así se cuenta.

MATAN A JOSÍAS

Algo ha sido dicho de Josías en el capítulo anterior. Queda mucho por decir.

Josías, hijo del rey Amán y nieto del rey Manasés, fue el décimo sexto rey de Israel. *“Cuando Josías comenzó a reinar era de ocho años, y reinó en Jerusalén treinta y un años. El nombre de su madre fue Jedida hija de Adaía,*

de Boscat. E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, y anduvo en todo el camino de David su padre, sin apartarse a derecha ni a izquierda". (2º Reyes 22: 1-2).

Uno de los libros apócrifos, Eclesiástico, elogia a Josías y lo coloca entre los más destacados reyes de Israel: *"El nombre de Josías es como incienso aromático, puso fin a las vanas abominaciones, su corazón estaba unido a Dios, y en tiempos de iniquidad permaneció fiel. A excepción de David, Ezequías y Josías, todos fueron perversos. Abandonaron la ley del Altísimo los reyes de Judá hasta el fin de ellos". (Eclesiástico 49: 1-4).*

Las obras positivas llevadas a cabo por Josías descansaban sobre tres hechos sobresalientes: La reforma religiosa, la restauración del templo y la celebración solemne de la Pascua. Purificó el templo de todo elemento idolátrico. Extirpó el culto de todos los dioses extraños a Jehová. Celebró una Pascua en Jerusalén. En el terreno político y militar Josías sostuvo una política de independencia nacional y recuperó poco a poco para Judá los territorios perdidos durante el reinado de Senaquerib. Trabajó por rehacer la unidad nacional al poner bajo su mando una gran parte de la provincia asiria de Samaria, de Galilea e incluso algunos territorios de los filisteos.

En el reinado de Josías ocurrió un hecho importante. Durante las reparaciones emprendidas en el templo el sumo sacerdote Hilcías halló *"el libro de la ley"*. (2º Reyes 22: 8). Mucho se ha escrito sobre este libro. Algunos historiadores del Antiguo Testamento han dicho que se trataba de todo el Pentateuco, los cinco primeros libros de la Biblia. Otros, entre ellos algunos de los llamados padres de la Iglesia, Jerónimo, Atanasio y san Juan Crisóstomo, estimaron que sólo era el libro de Deuteronomio, último de los cinco.

Safán, escriba del rey, leyó a Josías el libro. *“Y cuando el rey hubo oído las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestidos. Luego el rey dio orden al sacerdote y al escriba: Id y preguntad a Jehová por mí, y por el pueblo, y por todo Judá, acerca de las palabras de este libro que se ha hallado; para hacer conforme a todo lo que nos fue escrito”*. (2º Reyes 22: 9-13).

Tres años antes de la muerte de Josías el rey de Egipto, Neco, avanza hasta el Éufrates en ayuda de Asiria. Josías quiere evitar la intervención del egipcio y acude a cortar el paso con su ejército. Neco ruega gentilmente a Josías que se retire, que la pelea no va con él. Josías se niega. Entonces los flecheros tiraron contra él. El rey de Egipto, al verlo herido, *“así que le vio, lo mató en Meguido”*. (2º Reyes 23: 29).

Triste muerte la de aquel rey piadoso y patriota.

Meguido, situada en la ladera septentrional del Monte Carmelo, desempeñó un importante papel en la historia de Egipto.

MATAN A MUCHOS

Entra en escena Nabucodonosor, rey de Babilonia.

La Biblia es el único documento que nos informa de las campañas guerreras de Nabucodonosor contra Jerusalén. En una primera incursión el ejército de Nabucodonosor sitió Jerusalén. Al tomarla, se llevó cautivos a Babilonia *“todos los príncipes, y a todos los hombres valientes, y hasta diez mil cautivos; no quedó nadie, excepto los pobres del pueblo de la tierra”*. (2º Reyes 24: 14).

Sedequías, rey de Israel, trató de huir por una brecha abierta en el muro de Jerusalén, pero fue capturado y conducido a Babilonia. Allí *“degollaron a los hijos de Sedequías en presencia suya, y a Sedequías le sacaron los ojos”*. (2º Reyes 25: 5-7).

Un segundo ataque a Jerusalén tiene lugar al mando de Nabuzaradán, servidor de Nabucodonosor y jefe de su guardia, quien tenía a sus órdenes las tropas que completaron la destrucción de Jerusalén y prendió fuego al templo, al palacio real y a todas las casas importantes. Llevó a muchos cautivos judíos a Babilonia y *“a sesenta varones del pueblo de la tierra que estaban en la ciudad. Los llevó a Ribla al rey de Babilonia y el rey los hirió y mató en Ribla”*. (2º Reyes 25: 20-21).

MATAN A ER

Muy poco dice la Biblia acerca de Er.

Judá fue el cuarto hijo del patriarca Jacob y Lea. Er fue el hijo primogénito de Judá, habido con una mujer cananea, de la que siguieron tres hijos más. (Génesis 38: 1-5). Judá casó a Er con una mujer llamada Tamar, destacada en otra historia del Génesis.

Su muerte se detalla en un solo versículo: *“Er, primogénito de Judá, fue malo delante de Jehová, quien lo mató”*. (1º Crónicas 2: 3).

MATAN A DESCENDIENTES DE EFRAÍN

El primer hijo de José fue Manasés. El segundo Efraín, *“porque dijo: Dios me hizo fructificar en la tierra de Egipto”*. (Génesis 41: 52). Anciano ya Jacob, abuelo suyo, dijo de los dos hermanos. *“Manasés vendrá a ser un pueblo, y será también engrandecido; pero su hermano menor será más grande que él, y su descendencia formará multitud de naciones. Y puso a Efraín antes de Manasés”*. (Génesis 48: 19-20).

La profecía tuvo cumplimiento. Efraín fue el fundador de una tribu que llevaba su nombre y que llegó a contar 40.500 habitantes, quedando reducidos a 32.500 después de la peregrinación. (Números 26: 37). Cuando Josué llegó a ser caudillo de Israel la tribu de Efraín adquirió gran reputación, ya que a ella pertenecía él. (Josué 19: 50).

Descendientes de Efraín, pensando robar ganado a los habitantes de Gat, una de las grandes ciudades de los filisteos, fueron masacrados: *“Los hijos de Gat, naturales de aquella tierra, los mataron, porque vinieron a tomarles sus ganados”*. (1º Crónicas 7: 21).

MATAN A TRESCIENTOS

“Estos son los principales de los valientes que David tuvo, y los que le ayudaron en su reino, con todo Israel, para hacerle rey sobre Israel, conforme a la palabra de Jehová”. (1º Crónicas 11: 10).

Los valientes eran legendarios héroes de David, los grandes de Israel. Todos habían puesto su bravura al servicio del rey y de su pueblo, colaborando así al plan de Jehová sobre la dinastía davídica.

La enumeración de los héroes sigue un orden creciente en el primer libro de Crónicas, capítulos 11 y 12. Los valientes *“estaban armados de arcos, y usaban de ambas manos para tirar piedras con honda y saetas con arco”*. (1º Crónicas 12: 2).

Entre estos valientes figuraba Abisai, sobrino de David, hijo de su hermana Sarvia, un guerrero incansable. Siguió a Abner, general del ejército de Isboset, derrotó a los edomitas, dirigió parte del ejército de Joab contra los edomitas y mató al gigante filisteo Isbi-Benob.

Abisai, jefe de los 30 valientes, *“blandió su lanza contra trescientos y los mató”*. (1º Crónicas 11: 20).

MATA A SUS HERMANOS

Del rey Joram, quien gobernó Israel durante 12 años, casado con la malvada Atalía, hija de Acab y de Jezabel, ya se ha escrito en otro lugar de estas letras.

Aun cuando Joram era el primogénito del rey Josafat, el derecho a la sucesión no estaba ligado a la primogenitura. De hecho, Josafat dejó a sus hijos valiosos regalos y algunas ciudades, sin mencionar a Joram. Una vez que subió al trono *“y se hizo fuerte, mató a espada a todos sus hermanos, y también a algunos de los príncipes de Israel”*. (2º Crónicas 21: 4).

MATA A REYES Y A PRÍNCIPES

De Jehú, décimo rey de Israel, se ha escrito ya en estas letras. Pero volvemos sobre él, porque estimamos que su biografía da para mucho. Reyes dice que reinó en Samaria durante 28 años. (2º Reyes 10: 36). Fue uno de los principales jefes militares de los reyes Joram y Acab. Lo ungió rey de Israel el profeta Elías. (2º Reyes 19: 16). En su subida al trono influyeron tres factores: Uno económico, por la desigualdad entre ricos y pobres, otro militar, producto de la mala situación política entonces existente y un tercero y principal, de orden religioso, debido al abandono del pueblo al culto de Jehová.

Jehú no se detuvo en su carrera de asesinatos. Mató al rey Joram y arrojó su cadáver en la parcela de Nabot. El rey Ozías, que acompañaba a Joram, murió a causa de heridas en guerra con Jehú. A la reina Jezabel la tiró por una ventana y los perros lamieron su sangre. Habitantes de Samaria, temerosos de Jehú, le enviaron las cabezas de setenta personas de la familia real, que colocó en dos montones a la entrada de la ciudad. En Bet-Equed, camino de Samaria, ordenó degollar a cuarenta y dos hombres del cortejo del rey de Judá.

“Y haciendo juicio Jehú contra la casa de Acab, halló a los príncipes de Judá, y a los hijos de los hermanos de Ocozías, y los mató. Y buscando a Ocozías, el cual se había escondido en Samaria, lo hallaron y lo trajeron a Jehú, y le mataron”. (2º Crónicas 22: 8-9).

Lo único que la Palabra sagrada dice de la muerte de Jehú, después de matar a tantos, es que *“durmió Jehú con sus padres, y lo sepultaron en Samaria; y reinó en su lugar Joacaz su hijo”*. (2º Reyes 10: 35).

MATAN A PROFETAS

Con el capítulo nueve en el libro de Nehemías comienza una nueva sección en la historia de Israel, la expiación del pueblo y la promesa de fidelidad a la alianza. En un primer momento, parte de los hebreos confiesan sus pecados a Jehová: *“Y puestos de pie en su lugar, leyeron el libro de la ley de Jehová su Dios la cuarta parte del día, y la cuarta parte confesaron sus pecados y adoraron a Jehová su Dios. Luego se levantaron sobre la grada de los levitas, y clamaron en voz alta a Jehová su Dios”*. (Nehemías (9: 3-4).

Sigue una larga oración en la que los levitas repasan la intervención de Jehová en la historia de Israel: *“Les diste pan del cielo en su hambre, y en su sed les sacaste aguas de la peña; y les dijiste que entrasen a poseer la tierra, por la cual alzaste tu mano y juraste que se la darías”*. (Nehemías 9: 15).

La oración se centra en las maravillas que Dios hizo en favor de Israel durante la época mosaica y la que inmediatamente le siguió: Éxodo, peregrinación por el desierto, conquista y entrada a la tierra de promisión.

A pesar de tantas bendiciones de Jehová, el pueblo le fue infiel: *“No quisieron oír, ni se acordaron de tus maravillas que habías hecho con ellos;*

antes endurecieron su cerviz, y en su rebelión pensaron poner caudillo para volverse a su servidumbre". (Nehemías 9: 17).

La deslealtad del pueblo hebreo hacia Jehová su Dios llega hasta la muerte: *"Pero te provocaron a ira, y se rebelaron contra ti, y echaron tu ley tras sus espaldas, y mataron a tus profetas que protestaban contra ellos". (Nehemías 9: 26).*

Algo parecido tuvo lugar en tiempos de Elías. Huyendo de Jezabel, que había jurado matarle, se refugia en una cueva. Cuando Jehová le pregunta qué hacía allí, Elías contesta: *"He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas". (1º Reyes 19: 10).*

A propósito de la frase de Elías, *"Jehová Dios de los ejércitos"*, Deuteronomio 17: 3 habla del *"ejército del cielo"*. La primera vez que la Biblia se refiere al *"ejército de Jehová"* es en Josué 5: 15.

MATAN A 75.000

La vida de Ester, protagonista del libro que lleva su nombre, se resume en una combinación de romanticismo, obediencia y valor.

Joven hermosa de la tribu de Benjamín queda huérfana de pequeña y es llevada por su primo Mardoqueo a Susa, capital donde residían los reyes de Persia. Mardoqueo tenía puesto importante en Palacio, pero

sostenía frecuentes enfrentamientos con Amán, personaje prominente en la corte del rey Asuero de Persia.

Asuero repudia a su esposa Vasti por haberse negado ésta a presentarse en uno de sus banquetes cuando él y quiénes le acompañaban estaban borrachos. Después de algún tiempo el rey manda llevar a su presencia para elegir esposa a las doncellas más hermosas del reino, entre las cuales estaba Ester. Mardoqueo, hábil, inteligente, astuto, prepara a Ester. La aconseja sobre la manera de comportarse ante el rey y cómo hablarle. Resultado fue el esperado: “Y el rey amó a Ester más que a todas las otras mujeres, y halló ella gracia y benevolencia delante de él más que todas las demás vírgenes; y puso la corona real en su cabeza, y la hizo reina en lugar de Vasti”. (Ester 2: 17). *“Ester no declaró cuál era su pueblo ni su parentela, porque Mardoqueo le había mandado que no lo declarase”*. (Ester 2: 10).

En palacio dos hombres rivales se aborrecían y discutían con frecuencia. Uno era Mardoqueo, judío de raza, defensor de su pueblo, el otro Amán, antijudío que procuraba el exterminio de los mismos en Persia.

Ocurrió que el rey encumbra a Amán y ordena que todos en palacio se arrodillaran al paso de él. *“Pero Mardoqueo ni se arrodillaba ni se humillaba”*. (Ester 3: 2). Su actitud parecía ser el orgullo de raza. Amán, que ya había averiguado la religión judía de su rival, cuenta a su mujer los problemas que con el tenía. Su mujer, Zeres, le advierte: *“Si de la descendencia de los judíos es ese Mardoqueo delante de quien has comenzado a caer, no lo vencerás, sino que caerás por cierto delante de él”*. (Ester 6: 13).

Dispuesto a destruir a los judíos, Amán convence al rey de que son enemigos suyos y de Persia. Entonces Asuero envía cartas a todas las provincias del reino *“con la orden de destruir, matar y exterminar a todos los judíos, jóvenes y ancianos, niños y mujeres, en un mismo día”*. (Ester 3: 13).

Interviene Ester. Prepara un banquete al que invita al rey y a Amán. Todo allí estaba preparado por Mardoqueo. La reina, aleccionada por él, se muestra triste. Al verla así, Asuero le pregunta por la razón de su estado. Añade que le hable, que estaba dispuesto a darle la mitad de su trono. Entonces Ester declara su origen judío y el dolor que le causa la orden de matarlos a todos. Conmovido, el rey publica una contraorden, dirigida a los judíos. *“Que estuviesen a la defensa de su vida, prontos a destruir, y matar, y acabar con toda fuerza armada del pueblo o provincia que viniese contra ellos”*. (Ester 8: 11). Se defienden los judíos y consiguen matar a setenta y cinco mil persas. Por indicación de Ester, diez hijos de Amán fueron ahorcados. (Ester 9: 16 y 9: 14).

MATAN A LOS CRIADOS DE JOB

Job es uno de los personajes más destacados del Antiguo Testamento y reconocido en la literatura universal.

Su origen y entrega a Dios se detallan en el primer versículo del libro que lleva su nombre, el cual ocupa 48 páginas de la Biblia: *“Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso*

de Dios y apartado del mal". (Job 1: 1). No pertenecía al pueblo de Israel, sino a los hijos de Oriente, región que entonces se extendía al Oriente de Canaán, desde Siria al norte hasta Arabia al sur. Era inmensamente rico: Poseía *"siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas, y muchísimos criados"*. (Job 1: 3).

La intervención de Satanás en la vida de Job quiere poner a prueba su fe y su inocencia. Satanás ha estado moviéndose por la tierra, recorriéndola a su antojo. Dios le pregunta: *"¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?"* (Job 1: 8); la reacción de Satanás ante el elogio divino no es de complacencia en la virtud de Job. Niega que su piedad sea auténtica y que honre a Dios. En la mente de Satanás, que odia a los seres humanos, la de Job es una piedad interesada. Dios es para él algo o alguien que le asegura su propiedad. Para Satanás, Dios es nada más que un seguro de vida y hacienda. Entonces Dios propone a Satanás que atente contra la hacienda de Job a condición de que respete su vida.

Satanás, diablo, lo hace. Un día en que los hijos de Job celebraron banquete, llegó un emisario y le dijo al varón de Dios: *"Estaban arando los bueyes, y las asnas paciando cerca de ellos, y acometieron los sabeos y los tomaron, y mataron a los criados a filo de espada"*. (Job 1: 14-15).

Los sabeos que mataron a los criados de Job constituían un pueblo cuyas caravanas recorrían los pueblos al sur de Arabia. Están inmortalizados en la Biblia mediante la reina de Saba, que recorrió mucho trecho para asegurarse de la sabiduría de Salomón. La mención en el libro de Job es la primera vez que la Biblia los señala dedicados al pillaje.

MATAN A REYES

Los 150 Salmos nos introducen en los libros sapienciales de la Biblia, a los que siguen los Proverbios, Eclesiastés y el Cantar de los Cantares. Algunos autores incluyen en el grupo parte del libro de Job.

Los Salmos forman una colección de himnos o cánticos religiosos inspirados por el Espíritu Santo que en su tiempo formaban parte del culto israelita. Se ha sugerido que debieron pasar varios siglos desde que existió la primera colección hasta la formación total del salterio tal como lo tenemos en nuestras Biblias.

La mayor parte de los Salmos son himnos de alabanza a Dios. Los hay también de carácter histórico, donde el salmista se propone describir los hechos victoriosos de Jehová a favor de su pueblo.

A este género pertenece el Salmo 135, donde el autor invita a los sacerdotes y levitas a alabar el nombre de Jehová, y especificar que su poder se muestra no sólo en las grandes manifestaciones atmosféricas, sino en la historia de Israel, defendiendo a su pueblo y castigando a quienes hacen daño:

*“Destruyó a muchas naciones,
Y mató a reyes poderosos;
A Sehón rey amorreo,
A Og rey de Basán,
Y a todos los reyes de Canaán”.*
(Salmos 135: 10-11).

Dice Ricardo Arconada en el tomo cuarto de la Biblia comentada por especialistas de la Compañía de Jesús: *“Los motivos están fundados en la excelencia de Jehová y en las proezas realizadas a favor de su pueblo. Con los prodigios recordados Jehová tiene adquirida para siempre una gloria eterna”*.

Dice Maximiliano García Cordero en el cuarto tomo de la Biblia comentada por profesores de Salamanca: *“Al entrar en la tierra prometida, la mano de Jehová se mostró en la victoria sobre los reyes de Transjordania y Canaán”*.

MATAN AL IMPÍO

Lo que conocemos de Isaías se encuentra principalmente en los capítulos 1 al 39 de su libro. Dios lo llamó a su servicio cuando estaba en el templo. (Isaías 6: 1-10). Su ministerio fue muy amplio. Profetizó durante cuatro reinados: Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías. (Isaías 1: 1). Estuvo casado con una mujer a la que llama *“profetisa”*, (Isaías 8: 3).

La misión de Isaías fue guiar a Judá a través de uno de los periodos más críticos de su historia. Su mensaje está tan íntimamente ligado con los graves acontecimientos que entonces sucedieron en Judá y en Israel, que no se puede entender su profecía sin un somero conocimiento de la situación histórica de aquellos tiempos.

Isaías escribió un libro que en la versión Reina-Valera de la Biblia conta de 66 páginas. San Agustín lo llamó *“el libro que mejor conduce al Evangelio”*. Según algunos rabinos y autores judíos Isaías murió aserrado en dos mitades por el rey Manasés.

Parte del capítulo 11 del libro de Isaías se centra en la persona de un Príncipe que saldría *“del trono de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces”*. (Isaías 11: 1). Este Príncipe, que algunos comentaristas de los libros proféticos identifican con el Mesías, *“juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío”*. (Isaías 11: 4).

MATAN Y HURTAN

Jeremías fue llamado al ministerio profético desde la niñez: *“Antes que te formases en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones”*. (Jeremías 1: 5). Aun cuando Jehová lo destina a las naciones, la labor de Jeremías se desarrolla casi exclusivamente en Jerusalén, donde se extiende a lo largo de 40 años. Por recordar al rey Joacim, a los profetas y sacerdotes de la corte sus obligaciones con Jehová, Jeremías se granjeó persecución, amenazas y prisión: *“Y yo era como cordero inocente que llevan a degollar”*. (Jeremías 11: 19). *“Tú lo sabes, oh Jehová; acuérdate de mí, y visítame, y véngame de mis enemigos”*. (Jeremías 15: 15). *“Entonces hablaron los sacerdotes y los profetas a los príncipes y a todo el pueblo, diciendo: En pena de muerte ha*

incurrido este hombre; porque profetizó contra esta ciudad, como vosotros habéis oído con vuestros oídos”. (Jeremías 26: 11). “Y azotó Pasur al profeta Jeremías, y lo puso en el cepo”. (Jeremías 20: 2).

Impresiona la vida agitada de este profeta incomprendido y perseguido. Decepcionado por el aparente fracaso de su misión maldice como Job el día de su nacimiento e insinúa un propósito de abierta rebeldía contra Dios, del que dice que no se acordará más de su nombre, para finalizar admitiendo: *“Mas Jehová está conmigo como poderoso gigante; por tanto, los que me persiguen tropezarán, y no prevalecerán”. (Jeremías 20: 11).*

Nada dice la Biblia de la muerte de Jeremías. Lo último que sabemos de él es que reprende a su pueblo porque la idolatría se había adueñado de ellos.

En el capítulo 7 del libro que lleva su nombre Jeremías acusa al pueblo judío de haber convertido sacrílegamente el templo en cueva de ladrones y de haberse entregado a todas las abominaciones, *“hurtando y matando”*. (Jeremías 7: 9).

MATAN A CAUTIVOS

Se ha escrito en el capítulo anterior de estas letras que Pasur encarceló al profeta Jeremías y después de azotarlo lo puso en el cepo, instrumento de tortura que indica la extorsión de miembros. Pero, ¿quién era Pasur? En el capítulo veinte de Jeremías aparece como inspector

principal del templo en tiempos del rey Sedequías. Por el texto bíblico se deduce que una de sus funciones consistía en guardar el orden en el santuario. Por indicación de Jehová se le anuncia un cambio de nombre. Le dice Jeremías: *“Jehová no ha llamado tu nombre Pasur, sino Magor-misabib”*, que significa en el idioma hebreo terror en torno. Con este cambio de nombre Jehová hace de Pasur un sujeto de terror, el mismo terror y tortura que infringió al profeta Jeremías. Murió en Babilonia y allí fue enterrado él y todos sus seguidores. (Jeremías 20: 6).

Al día siguiente de ser liberado del cepo Jeremías se enfrenta a su maltratador y le anuncia el destino trágico que le aguarda. El y parte del pueblo rebelde serían llevados cautivos a Babilonia. Allí serían entregados al rey de Babilonia donde este *“los matará a espada”*. (Jeremías 20: 4).

MATAN A URÍAS

El capítulo 11 en el segundo libro de Samuel trata de un tal Urías, heteo descendiente de Cam, segundo hijo de Noé, pero adorador de Jehová. Formaba parte de los treinta valientes guerreros que defendían al rey David. Mientras estaba dirigiendo una guerra contra los amonitas, David adulteró con su esposa y después ordenó que lo pusieran en primera línea del frente, donde murió. Este episodio siempre ha sido motivo de sorpresa y escándalo. El Urías que aquí se trata nada tiene que ver con el guerrero heteo. Nos es desconocido en las páginas sagradas fuera del libro de Jeremías, que hace de él esta presentación: *“Hubo también un hombre que*

profetizaba en nombre de Jehová Urías el cual profetizó contra esta ciudad y contra esta tierra, conforme a todas las palabras de Jeremías”. (Jeremías 26: 20).

La tierra era Israel, el pueblo de Jehová. La ciudad se trataba de Jerusalén, cuyo soberano era Joacim, rey de Judá. A este rey y a sus grandes colaboradores irritaban mucho las palabras de Urías y procuraron matarle. Enterado Urías de la amenaza que sobre él pesaba, huyó a Egipto. Joacim no lo olvidó. Mandó a hombres que *“sacaron a Urías de Egipto y lo trajeron al rey Joacim, el cual lo mató a espada, y echó su cuerpo en los sepulcros del vulgo”*. (Jeremías 26: 22-23).

En una ocasión Jesucristo abrió su dolorido corazón ante la matanza de profetas en Jerusalén como la que desencadenó el rey Joacim: *“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados!”*. (Mateo 23: 37).

MATAN A DOS FALSOS PROFETAS

En el 29, Jeremías se mueve en la misma línea histórica que en los demás capítulos del libro que lleva su nombre. Ante Sedequías, rey de Judá, Jeremías desenmascara a los falsos profetas que, sin legítima misión divina se han lanzado a profetizar en nombre de Jehová con mentiras, empujando a la rebelión contra el rey de Babilonia, lo cual es inútil, pues el exilio es cosa decidida por el mismo Jehová. Les habla en plural porque en aquellos rebeldes Jeremías ve a toda la nación en peligro. De las mentiras de los

falsos profetas depende la suerte de todo el pueblo. Les dice Jeremías: *“No oigáis las palabras de los profetas que os hablan diciendo: No serviréis al rey de Babilonia; porque os profetizan mentira. Porque yo no los envié, dice Jehová, y ellos profetizan falsamente en mi nombre, para que yo os arroje y perezcáis vosotros y los profetas que os profetizan”*. (Jeremías 27: 14-15).

Jeremías revela a los exiliados quiénes eran esos falsos profetas. Señala a dos: Acab, nada que ver con el séptimo rey de Israel, del mismo nombre, y Sedequías, sin relación alguna con el decimonoveno rey de Judá, llamado también Sedequías.

Los dos fueron condenados por voluntad divina y asesinados por la policía del rey babilonio: *“Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, acerca de Acab y acerca de Sedequías, que os profetizan falsamente en mi nombre: He aquí los entrego yo en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, y él los matará delante de vuestros ojos. Y todos los transportados de Judá que están en Babilonia harán de ellos una maldición, diciendo: Póngate Jehová como a Sedequías y como a Acab, a quienes asó al fuego el rey de Babilonia”*. (Jeremías 29: 21-22).

ISMAEL MATA A MUCHOS

Seis personajes aparecen en el Antiguo Testamento con el nombre Ismael. El más destacado y del que más trata la Biblia es el hijo de Agar, criada de Abraham, con quien engendró a Ismael en la creencia de que Sara, legítima esposa, jamás podría tener hijos.

El Ismael que presenta Jeremías en el capítulo 41 de su libro es otro, hombre cruel y asesino.

Después de la toma de Jerusalén Nabucodonosor regresa a Babilonia y deja como gobernador de Judá a un hebreo llamado Gedalías, el cual se estableció en Mizpa. Por entonces este Ismael era instrumento ciego de los planes antijudíos de Baalis, rey de Ammón. Tres meses después de la caída de Jerusalén, el gobernador, teniendo en cuenta la personalidad política de Ismael, le invita a un banquete en Mizpa, *“Y se levantó y los diez hombres que con él estaban, e hirieron a espada a Gedalías, matando así a aquel a quien el rey de Babilonia había puesto para gobernar la tierra. Asimismo mató Ismael a todos los judíos que estaban con Gedalías en Mizpa, y a los soldados caldeos que allí estaban”*. (Jeremías 41: 2-3).

Al crimen de Mizpa añade Ismael, sólo una fecha más tarde, otro segundo. Un grupo de 80 inocentes peregrinos llevaban ofrendas a Jerusalén para implorar misericordia a Jehová sobre las ruinas del templo. *“Y cuando llegaron dentro de la ciudad, Ismael los degolló, y los echó dentro de una cisterna”*. (Jeremías 41: 4-7).

MATAN A LOS DE PECOD

En el capítulo 50 de su libro Jeremías el profeta anuncia el castigo de Jehová contra la opresora Babilonia, digna sucesora de la insoportable Asiria. El rey Nabucodonosor había sido escogido en otro tiempo como instrumento de la justicia de Jehová, pero se había excedido en su

cometido, considerándose omnipotente. Por eso la justicia divina exigía el castigo del insolente babilonio.

Babilonia es condenada por su arrogancia y opresión sobre otros pueblos.

Ha atentado contra Israel, ha amancillado el templo y ha querido exterminar al pueblo hebreo. En el conocido como canto de la espada, Jeremías anuncia con estilo dramático y entrecortado el castigo de Jehová:

“Espada contra los caldeos, dice Jehová, y contra los moradores de Babilonia, contra sus príncipes y contra sus sabios. Espada contra los adivinos, y se entontecerán; espada contra sus valientes, y serán quebrantados. Espada contra sus caballos, contra sus carros, y contra todo el pueblo que está en medio de ella, y serán como mujeres; espada contra sus tesoros, y serán saqueados. Sequedad sobre sus aguas, y se secarán; porque es tierra de ídolos, y se entontecen con imágenes”. (Jeremías 50: 35-38).

La espada significaba *“guerra contra la nación babilónica en sus manifestaciones humanas y sociales”.* (García Cordero).

De nuevo una urgente llamada del profeta, quien habla en nombre de Jehová, para que se cumplan sus designios primitivos: *“Sube contra la tierra de Merataim, contra ella y contra los moradores de Pecod; destruye y mata en pos de ellos, dice Jehová, y haz conforme a todo lo que yo te he mandado”.* (Jeremías 50: 21).

MATAN EN JERUSALÉN

A continuación de los 52 capítulos escritos por Jeremías en su libro figura otro, atribuido al mismo profeta, de tan sólo cinco capítulos, conocido por los lectores de la Biblia como “las lamentaciones de Jeremías”. Este precioso libro político-elegíaco narra la destrucción del reino de Judá y de la ciudad de Jerusalén. El autor de estos admirables cantos elegíacos desahoga su dolor por los muertos, si bien da un sentido teológico profundo a la catástrofe al decir que todo lo acontecido era un castigo por las trasgresiones del pueblo y de sus infidelidades para con Jehová. Ha sonado la hora del juicio y Jerusalén ha de sufrir inconsolable sus efectos:

“Destruyó el Señor, y no perdonó;

Destruyó en su furor todas las tiendas de Jacob;

Echó por tierra las fortalezas de la hija de Judá,

Humilló al reino y a sus príncipes.

El Señor llegó a ser como enemigo, destruyó a Israel”. (Lamentaciones 2: 2-5).

Pocos pudieron salvarse en Jerusalén. Jeremías constata con dolor las muertes y la situación en que quedó la ciudad. Dirigiéndose a Jehová le dice:

“Mira, oh Jehová, y considera a quién has hecho así.

¿Han de comer las mujeres el fruto de sus entrañas, los pequeñitos a su tierno cuidado?

¿Han de ser muertos en el santuario del Señor el sacerdote y el profeta?

Niños y viejos yacían por tierra en las calles;

Mis vírgenes y mis jóvenes cayeron a espada;

Mataste en el día de tu furor; degollaste, no perdonaste.

Has convocado de todas partes mis temores, como en un día de solemnidad;

Y en el día del furor de Jehová no hubo quien escapase ni quedase vivo". (Lamentaciones 2: 20-22).

En esta madeja de amargas lamentaciones Jeremías llora sin descanso, hecho que se expresa con estilo gráfico y clásicamente bíblico:

"Ríos de aguas echan mis ojos por el quebrantamiento de la hija de mi pueblo.

Mis ojos destilan y no cesan, porque no hay alivio.

Hasta que Jehová mire y vea desde los cielos;

Mis ojos contristaron mi alma por todas las hijas de mi ciudad".

(Lamentaciones 3: 48-51).

MATAN EN RIBLA

Cuando Nabucodonosor llevaba exactamente 19 años reinando en Babilonia, atacó Jerusalén y la desmanteló. No contento con eso, después de haber tomado la conocida como ciudad de David, mandó al capitán de su guardia, Nabuzaradán, *"que solía estar delante del rey de Babilonia"* con la orden de destruir totalmente la ciudad que tantas preocupaciones le había costado. En un ataque anterior no quiso emplearse a fondo, pero ahora le parecía que lo mejor era desmantelarla y dejarla inerte para que sus habitantes no tuvieran la veleidad de sublevarse de nuevo contra él. Este trabajo lo dejó en manos de Nabuzaradán, capitán de la guardia y jefe

del ejército de Nabucodonosor, rey babilonio tantas veces citado en estas letras, que por entonces tenía su cuartel general en Ribla. El Talmud judío, Eusebio de Cesarea y San Jerónimo vacilan en cuanto a la localización de Ribla en aquellos tiempos.

Activo en los asesinatos, amparado por su cargo babilónico en Jerusalén, Nabuzaradán tomó de los hebreos a un capitán de la guardia del sumo sacerdote, al segundo sacerdote, a tres guardas del atrio, a otro capitán de hombres de guerra, a siete hombres de los consejeros del rey Josías, al principal secretario de la milicia, a sesenta hombres del pueblo “y los llevó al rey de Babilonia en Ribla, Y el rey de Babilonia los hirió y los mató”. (Jeremías 52: 24-27).

MATAN EN LA CIUDAD

El libro de Ezequiel, 48 capítulos, refleja el conflicto entre el hombre que se había preparado para ser sacerdote y el que Jehová llamó para ser su mensajero profeta.

Hijo del sacerdote Buzi (Ezequiel 1: 3), Ezequiel fue criado cerca del templo con la idea de suceder al padre en el sacerdocio. Cuando se produce la primera invasión de Israel por parte de Babilonia, es llevado cautivo junto con el rey Joaquim y otros nobles. Se cree que permaneció exiliado toda su vida. Se estableció con los demás cautivos junto al río Quebar, donde siempre recordaba a Jerusalén. Tenía 30 años cuando tuvo visiones sobrenaturales y recibió su vocación profética: “*Aconteció en el año treinta,*

en el mes cuarto, a los cinco días del mes, que estando yo en medio de los cautivos junto al río Quebar, los cielos se abrieron, y vi visiones de Dios... Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel". (Ezequiel 1: 1 y 3: 17). Aquí atalaya tiene el mismo sentido que profeta. Su ministerio profético duró 20 años.

En la primera parte del libro que escribió Ezequiel después del llamamiento predominan los castigos divinos contra Israel y Judá.

Descendiendo de su trono de gloria (Ezequiel 8: 4), hasta el umbral del templo, Jehová comunica a su séptimo enviado la intención de matar a los israelitas infieles. Al mismo tiempo le da una orden tajante de salvación para quienes supieran resistir el embate de la idolatría. Estos privilegiados serían reconocidos con una señal en la frente. (Ezequiel 9: 4). Asegurada la salvación de quienes lloraron las abominaciones practicadas por los habitantes de Jerusalén, llega la orden de matar

Dice a sus enviados, ángeles–hombres:

"Pasad por la ciudad y matad; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia. Matad a viejos, jóvenes y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno. Comenzaron, pues, desde los varones ancianos que estaban delante del templo. Y les dijo: Contaminad la casa, y llenad los atrios de muertos; salid. Y salieron, y mataron en la ciudad". (Ezequiel: 9: 5-7).

MATAN A AHOLIBA

En el capítulo 23 de su libro, el profeta Ezequiel nos plantea una interesante alegoría compuesta por dos mujeres hermanas, Ahola y Aholiba. En el simbolismo profético ambas hermanas representan a los dos reinos judíos. Ahola es el nombre aplicado a Samaría, y Aholiba señala al reino del sur, Judá. En la alegoría las hermanas son consideradas culpables de adulterio contra su legítimo esposo, Jehová, por sus alianzas pecaminosas con potencias y dioses extranjeros.

Samaria trató de hacer alianzas políticas con las naciones invasoras, Egipto y Asiria: *“Y se prostituyó con ellos, con todos los más escogidos de los hijos de los asirios, y con todos aquellos de quienes se enamoró; se contaminó con todos los ídolos de ellos”*. (Ezequiel 23: 7).

Aholiba, Judá, *“Se enamoró de los hijos de los asirios sus vecinos, gobernadores y capitanes, vestidos de ropas y armas excelentes, jinetes que iban a caballo, todos ellos jóvenes codiciables”*. (Ezequiel 23: 12).

La pésima conducta de Samaria fue sobrepasada por su hermana Judá. En lugar de escarmentar de la situación trágica por la que pasó Samaria, se entregó a mayores desvaríos amorosos con las potencias extranjeras y con sus dioses. Jehová exhorta a Aholiba a considerar la suerte de su hermana y a arrepentirse si no quiere caer en su mismo lastimoso estado. (Ezequiel 23: 22). No lo hace, y la alegoría de las dos hermanas concebida por el profeta Ezequiel concluye con la muerte de Aholiba. Babilonia y Caldea caen sobre ella, la aplastan con su fuerza, la tratan como una esclava y la mutilan espantosamente: *“Procederán contigo con furor; te quitarán tu nariz y tus orejas, y lo que te quedare caerá a espada”*. (Ezequiel 23: 25).

Tal vez Ezequiel aluda con esta alegoría al grito de independencia dado por las tribus israelitas: *“¡Israel, a tus tiendas!”*. (1º Reyes 12: 16). Aun cuando ambas hermanas pertenecían a Jehová, Samaria y Judá, cada una tenían su propia tienda, en cuanto que se constituyeron en reino aparte.

MATAN A LOS DE TIRO

Tiro era una ciudad fenicia situada en la costa oriental del Mediterráneo. Se la menciona tanto en el Antiguo Testamento, citada por los profetas, por el mismo Señor Jesús y por el apóstol Pablo, quien permaneció allí durante siete días. Jezabel, esposa del rey judío Acab, era hija de un rey de Tiro. Las relaciones de Tiro con Israel fueron al principio amistosas, pero cuando intentó incluirla en su política exterior, los profetas protestaron enérgicamente: *“Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de Tiro, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque entregaron a todo un pueblo cautivo a Edom, y no se acordaron del pacto de hermanos”*. (Amós 1: 9. También Zacarías 9: 3).

Ezequiel presenta a Tiro pagada de si misma, desahogando con orgullo su *“perfecta hermosura”* y su poderío nacional: *“Yo y nadie más”*. Con la proa dirigida hacia el mar Tiro aparece como espléndida y rica nave construida a lo largo del tiempo con los materiales más preciosos.

Pero no pensaba en el divino Jehová, quien levanta contra Tiro *“muchas naciones, como el mar hace subir sus olas”*. (Ezequiel 26: 3). Incluía

al ejército caldeo, combatiente de las naciones subyugadas y la importante colaboración del rey de Babilonia.

Con un *“así ha dicho Jehová al Señor”*. (Ezequiel 26: 7), el ejército invasor cae sobre Tiro como una tromba, hollando todo lo que encontraba por delante, echando a tierra las columnas de oro, vidrio y esmeralda que estaban en la entrada principal del templo de Melkart, dios fenicio, y matando indiscriminadamente: *“Matará a espada a tus hijas que están en el campo... a tu pueblo matará a filo de espada... ¿No se estremecerán las costas al estruendo de tu caída, cuando griten los heridos, cuando se haga la matanza en medio de ti?... te haré descender con los que descienden al sepulcro, con los pueblos de otros siglos, y te pondré en las profundidades de la tierra, como los desiertos antiguos, con los que descienden al sepulcro.... Te convertiré en espanto, y dejarás de ser; serás buscada, y nunca más serás hallada, dice Jehová el Señor”*. (Ezequiel 26: 8-21).

TRATAN DE MATAR A SABIOS DE BABILONIA

Daniel es el cuarto de los llamados profetas mayores y autor del libro que lleva su nombre, con 12 capítulos. Descendía de la familia real de David. (1: 3). Fue llevado cautivo a Babilonia cuando era muy joven. (1: 4). La Biblia lo presenta como un muchacho sin tasa alguna, *“de buen parecer, enseñando en toda sabiduría, sabio en ciencia y de buen entendimiento”*. (Daniel 1: 4). Estando cautivo en Babilonia fue escogido por el rey Nabucodonosor, protagonista de muchas páginas de estas letras, para ser

iniciado en la ciencia y cultura caldea bajo la tutela de un alto oficial de palacio llamado Aspenaz, jefe de los eunucos. Con Daniel fueron elegidos otros tres jóvenes: Ananías, Misael y Azarías. *“A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños”*. (Daniel 1: 17).

Pasados los días Nabucodonosor pidió al jefe de los eunucos que llevase a los cuatro jóvenes a su presencia. *“Y el rey habló con ellos, y no fueron hallados entre todos ellos otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así, pues, estuvieron delante del rey. En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino”*. (Daniel 1: 19-20).

En el segundo capítulo del libro están esbozadas las ideas teológicas de Daniel, que se repiten en otros capítulos: La omnipotencia y supremacía del Dios de Israel, la sucesión de los grandes imperios sujetos a la providencia divina y el sentido mesiánico de la historia.

Otro día Nabucodonosor tuvo un sueño que le inquietó y no le dejaba dormir. *“Hizo llamar el rey a magos, astrólogos, encantadores y caldeos, para que le explicasen sus sueños. Vinieron, pues, y se presentaron delante del rey”*. (Daniel 2: 2). Actuando en pura lógica, los llamados pidieron al rey que les contara el sueño y estudiarían su interpretación. Pero el soberano respondió que lo había olvidado. Con buenas razones, los astrólogos se defendieron: *“Ningún rey, príncipe ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago ni astrólogo ni caldeo.... Por esto el rey con ira y con gran enojo mandó que matasen a todos los sabios de Babilonia. Y se publicó el edicto de que los sabios fueran llevados a la muerte”*. (Daniel 2: 10-13).

Aquí interviene Daniel. Dice al rey cuál fue el sueño que tuvo y le da su interpretación. Maravillado, Nabucodonosor dio a Daniel *“muchos honores y grandes dones, y le hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia, y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia”*. (Daniel 2: 48).

Nada se dice en concreto, pero se deduce que la mediación de Daniel ante Arioie, capitán de la guardia del rey, pidiéndole que no matase a los sabios de Babilonia hasta que él hablara con el soberano y le hiciera cambiar de opinión, tuvo efectos positivos.

NABUCODONOSOR MATABA A QUIEN QUERÍA

El libro de Daniel da por hecho que Belsasar era hijo de Nabucodonosor y sucesor suyo en el trono de Babilonia. En una ocasión *“el rey Belsasar hizo un gran banquete a mil de sus príncipes, y en presencia de los mil bebía vino.... Bebieron vino, y alabaron a los dioses de oro y de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra’*.

‘En aquella misma hora aparecieron los dedos de una mano de hombre, que escribía delante del candelero sobre lo encalado de la pared del palacio real, y el rey veía la mano que escribía. Entonces el rey palideció, y sus pensamientos lo turbaron, y se debilitaron sus lomos, y sus rodillas daban la una contra la otra”. (Daniel 5: 1-6).

Su reacción fue la misma que tuvo el padre cuando el joven Daniel le comunicó la interpretación del sueño que había tenido. Gritando en alta voz, Belsasar ordenó que llevaran a su presencia magos, caldeos y adivinos

para que interpretaran el significado de la misteriosa escritura en la pared. Ante el fracaso de los magos, la esposa le aconsejó que consultara a Daniel *“un hombre en el cual mora el espíritu de los dioses santos, y en los días de tu padre se halló en él luz e inteligencia y sabiduría, como sabiduría de los dioses”*. (Daniel 5: 11).

Daniel comparece ante Belsasar. Este le ofrece regalos valiosos y nombrarlo tercer señor del reino. Daniel lo rechaza e interpreta el significado de la Escritura: Belsasar había sido pesado en balanza y hallado falto. Dios contó su reino y le puso fin. Su reino había sido roto y dado a los medas y persas. Aquella misma noche murió Belsasar. Antes de su muerte, hablándole de Nabucodonosor, le dijo: *“todos los pueblos, naciones y lenguas temblaban y temían delante de él. A quien quería mataba”*. (Daniel 5: 19).

MATADOS POR LAS PALABRAS DE LA BOCA

Oseas, contemporáneo de Isaías y de Miqueas, figura en la Sagrada Escritura como uno de los llamados profetas menores. Según el encabezamiento del libro que lleva su nombre ejerció el ministerio profético en tiempo de los reyes de Judá: Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá, y en días de Jeroboam hijo de Joás, rey de Israel. (Oseas 1: 1). No se conocen más detalles importantes de su vida y actividad, excepto la extraña orden que le da Jehová de que contraiga matrimonio con una prostituta. (Oseas 1: 2-3).

En momentos de angustia Oseas presenta al pueblo de Israel decidido a volver a Jehová después de haberlo abandonado: *“El arrebató, y nos curará; hirió y nos vendará”*. Era inútil esperar en la ayuda de los hombres, aunque fueran los grandes reyes de Asiria. Sólo Jehová era poderoso para salvarlos de la situación en la que se encontraban: *“Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él. Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra”*. (Oseas 6: 2-3).

Jehová se muestra desconfiado por este movimiento del pueblo judío a él. ¡Tantas veces ha dicho que se volvía a Jehová y luego le abandonaban! Por eso Jehová se muestra perplejo en aceptar las actuales manifestaciones de arrepentimiento: *“¿Qué haré a ti, Efraín? ¿Qué haré a ti, oh Judá? La piedad vuestra es como nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada, que se desvanece”*. (Oseas 6: 4).

Dios había hablado en diferentes ocasiones mediante juicios y sentencias al pueblo de Israel, incitándole al arrepentimiento y ordenándole que caminara a la luz divina, pero sin resultados. *“Por esta causa los corté por medio de los profetas, con las palabras de mi boca los maté”*. (Oseas 6: 5).

MATAN A PRÍNCIPES

Amós es el tercero de los profetas menores, autor del libro que lleva su nombre, con nueve capítulos. Nació en Tecoá, a nueve kilómetros de Belén. Era de profesión pastor de ganado (1: 1). A Amosías, noveno rey de Judá, quién le mandó huir a tierra de Judá y profetizara más, le respondió: *“No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y recojo higos silvestres”*. (Amós 7: 14). Los hijos de los profetas organizaron en tiempos de Eliseo una “asociación de profetas”; Amós no pertenecía a ella. Se ganaba la vida preparando higos que recogía de los sicómoros, árboles que abundaban en las llanuras de Palestina, y que luego vendía en las localidades de Belén y Hebrón. Con todo, era consciente de su misión profética: *“Y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo Israel”*. (Amós 7: 15).

No se sabe por qué Amós, siendo habitante de Judá se trasladó al reino del norte, Israel.

Los oráculos de Amós son crudos y fuertes. Presenta unas visiones concisas y plásticas. Ataca la religiosidad satisfecha y comodona de sus compatriotas. Sostiene, en polémica casi irreverente, que las más ricas ofrendas y servicios litúrgicos no causan en Dios la menor impresión.

Amós acusa a los moabitas, pueblo ya identificado en estas letras, enemigos de Israel, de quemar *“los huesos del rey de Edom hasta calcinarlos”*. Por esto *“morirá Moab con tumulto, con estrépito y sonido de trompeta. Y quitaré el juez de en medio de él, y mataré con él a todos sus príncipes, dice Jehová”*. (Amós 2: 2-3).

MATAN A JÓVENES

Una vez más, centenares de veces a lo largo de su historia, el profeta Amós invita a Israel a comparecer ante la majestad cegadora de Dios. El profeta presenta la catástrofe que se cierne sobre el pueblo el día de la manifestación de la ira divina, tema que se desarrolla a lo largo del capítulo cuatro de su libro. Les mandó sequía; los hirió con viento solano; les mandó toda clase de plagas, como el tizón y las langostas; les envió terremotos; pero todo en vano, *“no os volvisteis a mí, dice Jehová”*. (Amós 4: 1-11).

La frase, *“no os volvisteis a mí”* se repite cinco veces en el capítulo cuatro del libro escrito por Amós.

La rebeldía del pueblo judío contra Jehová a lo largo de su historia ocupa muchas páginas en el Antiguo Testamento, donde es denunciado con frecuencia. De estas rebeldías ha brotado en ocasiones el odio, la falta de paz, la injusticia y hasta la guerra. Los profetas actualizan en ocasiones las rebeldías de Israel como acontecimiento escatológico.

En las páginas que estamos considerando Jehová amenaza con un castigo definitivo: *“Envié contra vosotros mortandad tal como en Egipto; maté a espada a vuestros jóvenes”*. (Amós 4: 10).

LOS MATAN A ESPADA

El último capítulo en el libro de Amós no escapa al horror. El profeta describe la realización del castigo divino. Ve a Jehová sobre el altar

dispuesto a dar la orden de destrucción: *“Vi al Señor que estaba sobre el altar, y dijo: Derriba el capitel, y estremézcanse las puertas, y hazlos pedazos sobre la cabeza de todos; y al postrero de ellos mataré a espada; no habrá de ellos quien huya, ni quien escape”*. (Amós 9: 1).

No está claro quien recibe la orden destructora; ¿Un agente de Jehová? ¿Un ángel o el mismo profeta? En este tercer caso Amós sería el instrumento de la destrucción como mensajero de la voluntad divina.

Es inútil que quieran buscar refugio, pues la mano de Jehová los encontrará aunque se escondan en lo más profundo del Seol, morada subterránea de los muertos, o suban hasta los cielos, o se escondan en la cumbre del monte Carmelo, hasta allí llegará la mirada justiciera de Jehová. (Amós 9: 2-3). Tampoco la última alternativa, el cautiverio, podrá librarlos.

La justificación de todo ello es la omnipotencia de la razón divina; nadie puede enfrentarse a Jehová, que es el rey majestuoso, a cuyo paso tiembla el mundo: *“El Señor, Jehová de los ejércitos, es el que toca la tierra, y se derretirá, y llorarán todos los que en ella moran; y crecerá toda como un río, y mermará luego como el río de Egipto”*. (Amós 9: 5).

La denuncia de Amós en este capítulo va dirigida contra el pueblo de Jehová, especialmente contra la injusticia de los ricos de Israel, insaciables, nerviosos por adquirir nuevas ganancias: *“Oíd esto, los que explotáis a los menesterosos, y arruináis a los pobres de la tierra”*. (Amós 8: 4).

La única alternativa que quedaba a estos judíos ambiciosos era la huida de Samaria, pero de nada les valdría: *“Y si fueren en cautiverio delante de sus enemigos, allí mandaré la espada, y los matará”*. (Amós 9: 4).

MATAN A MENORES DE DOS AÑOS

El autor de estas matanzas fue Herodes el Grande, así llamado no por su valía personal, sino por su astuta política, que supo aprovechar hábilmente todas las circunstancias; o por su brillante actividad constructora y por la pomposa magnificencia de su corte.

Cuando oye hablar del niño Jesús por primera vez *“el rey Herodes se turbó”*. (Mateo 2: 3). Esta turbación se explica porque temía perder el trono o que en Jerusalén surgiera un movimiento popular que le quitara el reino.

Herodes obra astutamente, como era habitual en él. Convoca a *“todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo”*. (Mateo 2: 4).

Que Herodes convocase a los príncipes de los sacerdotes y los escribas puede explicarse bien porque Herodes contaba nada más con los que podían responderle según las Escrituras o porque Mateo sólo destaca a estos dos grupos. La respuesta que recibe es esta: *“En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta”*. (Mateo 2: 5). El nacimiento de Cristo en Belén fue anunciado por el profeta Miqueas (5: 2).

Conocido este dato, Herodes piensa en proceder de inmediato y con astucia, pues, aunque todo le parece una fantasía, no ignora que podía ser un enredo o intriga política. En su mismo palacio se habían urdido conjuras contra él bajo el pretexto de la inmediata aparición del Mesías. Manda llamar a los magos *“y enviándolos a Belén, dijo: Id allá y averiguad con diligencia acerca del niño; y cuando le halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y le adore”*. (Mateo 2: 8).

Cuando al cabo de varios días los magos no regresan, Herodes se irrita mucho. Entonces el zorro se transforma en lobo. Antes de ordenar la matanza de los niños, la ansiedad que se apoderaba de su mente le indujo a realizar crímenes atroces.

El historiador judío Flavio Josefo, perteneciente a una familia sacerdotal, citado varias veces en estas letras, enumera en su libro *La guerra judía*, del año 70 de la era cristiana, algunos de los crímenes cometidos por Herodes. El monstruo mandó matar a su yerno José, a Salomé, al sumo sacerdote Hircano, a una de sus mujeres, Mariamne, al hermano de ella, Aristóbulo, a la madre de éstos, Alejandra, a Kostóbano, noble idumeo, a otra mujer también llamada Salomé, a Bagoas y a todos sus siervos que habían adquirido esperanzas mesiánicas, a tres de sus propios hijos, Alejandro, Aristóbulo, distinto del anterior del mismo nombre, a Antipoter y a otros muchos que no figuran en la breve relación de Josefo.

Al verse burlado por los magos, como ha sido escrito, Herodes se enoja mucho, *“y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que había inquirido de los magos”*. (Mateo 2: 16).

Según Josefo, Herodes fue víctima de una enfermedad que hoy llamaríamos cáncer. Desesperado por sus dolores intentó poner fin a su vida sin resultado y murió entre gritos de dolor.

MATAN A LOS MENSAJEROS

Jesús se valió de un género de enseñanza parabólico que era usado entre los rabinos de su tiempo. Lo utilizó magistralmente y con sublime sencillez. Supo llenar esa forma literaria de un espíritu y un contenido que levantaban sus parábolas por encima de las que figuraban en el Talmud judío. Jesús mostraba tal maestría al relatar las historias, que sus parábolas, concretas y vivas, sencillas y humanas, ofrecían una fina exposición de situaciones y caracteres. Estas parábolas de Jesús se cuentan merecidamente entre las joyas de la literatura universal. Por ellas le habrían dado hoy el Premio Nobel.

Cuando se dirigía a las multitudes ilustrándolas sobre el reino de los cielos, *“con muchas parábolas les hablaba la palabra. Y sin parábolas no les hablaba”*. (Marcos 4: 33-34).

Queda claro que las parábolas son alegorías que sirven para deducir una enseñanza, por cuanto es un método llamativo para explicar una historia y provocar el pensamiento.

En este capítulo se incluyen dos parábolas. Somos conscientes de que el contenido de las mismas nada tiene que ver con la generalidad de este libro, ya que no tratan de hechos reales, sino de historias imaginadas. Las incluimos aquí, pidiendo disculpas al lector, tan sólo porque en ellas figura la palabra *matar*, presente desde las primeras páginas de la obra que ya está acabando.

En la parábola *Los labradores malvados*, cuando el hombre que tenía una viña arrendada a labradores envió a mensajeros para que recogieran parte del fruto; *“a unos golpearon, a otros mataron”*. Con un segundo grupo de mensajeros hicieron lo mismo. Finalmente envió a su hijo para reclamar

lo que era suyo, *“le echaron fuera de la viña y le mataron”*. (Mateo 21: 33-39).

En una segunda, *Las bodas de los hijos del rey*, Jesús cuenta la historia de un rey que celebra las bodas del hijo. Los primeros invitados no quisieron ir. El segundo grupo de invitados tampoco, pretextando todos diferentes compromisos. Otros, tomando a los mensajeros *“los afrentaron y los mataron”*. (Mateo 22: 1-6).

MATAN A JUAN EL BAUTISTA

De los cuatro Evangelio que tenemos en el Nuevo Testamento, Marcos y Lucas son los que más información contienen sobre la muerte de Juan el Bautista.

Su nacimiento fue milagroso, pues tanto su padre, Zacarías, que era sacerdote, como su madre Elisabet, eran de edad avanzada. Después de ser circuncidado, según la ley judía, *“el niño crecía, y se fortalecía en espíritu; y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel”*. (Lucas 1: 80).

Tras una estancia más o menos larga en el desierto, el Bautista aparece predicando y bautizando en las orillas del río Jordán. Aun cuando predicaba *“el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados”*, (Lucas 3: 3), toda su actividad estaba orientada hacia Jesús, el Mesías. El bautismo del Bautista era un preludio de la persona, la predicación y el bautismo de Jesús, a quién él mismo bautizó. Jesús viajó desde Galilea al

Jordán para ser bautizado por Juan. *“Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó. Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él”.* (Mateo 3: 13-16).

Herodes Antipas, hijo del Herodes que mandó matar en Belén a los niños menores de dos años, llegó a cogerle miedo al Bautista, sabiendo que era justo y sagrado y el pueblo le seguía. Por lo mismo ordenó su encarcelamiento: *“Herodes había prendido a Juan, y le había encadenado y metido en la cárcel, por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano; pues la había tomado por mujer”.* (Mateo 14: 3).

Con motivo de su cumpleaños Herodes organizó una fiesta a la que invitó *“a sus príncipes y tribunos y a los principales de Galilea”.* (Marcos 6: 21). Allí estaban también Herodías y su hija, Salomé, habida de un matrimonio anterior. En este tipo de fiestas las danzas solían ejecutarlas las llamadas mujeres públicas, pero en aquel caso, danzó la propia Salomé por consejo de la madre. Herodías odiaba a Juan Bautista. Trazó un plan para coger a Herodes en estado de embriaguez y arrancarle la sentencia de muerte contra Juan el Bautista.

El monstruoso plan funcionó, según la larga escritura de Marcos: *“Entrando la hija de Herodías, danzó, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa; y el rey dijo a la muchacha: Pídeme lo que quieras, y yo te lo daré. Y le juró: Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino. Saliendo ella, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Y ella le dijo: La cabeza de Juan el Bautista. Entonces ella entró prontamente al rey, y pidió diciendo:*

Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista. Y el rey se entristeció mucho; pero a causa del juramento, y de los que estaban con él a la mesa, no quiso desecharla. Y en seguida el rey, enviando a uno de la guardia, mandó que fuese traída la cabeza de Juan. El guarda fue, le decapitó en la cárcel, y trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha, y la muchacha la dio a su madre". (Marcos 6: 21-28).

MATAN A UN MATRIMONIO

Según el apóstol Pablo, cuando Cristo ascendió al lugar de donde había descendido dejó en la tierra una Iglesia compuesta de unos 500 miembros (2ª Corintios 15: 6). A esta Iglesia alude el Señor en Mateo 18: 17. Una característica de la Iglesia primitiva era que *"la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad".* (Hechos 4: 34-35).

Lucas, autor de Los Hechos de los Apóstoles, presenta aquí una descripción sumaria de la vida de la Iglesia en sus primeros tiempos semejante a la que ofreció brevemente en Hechos 2: 42. Con expresiones realmente encantadoras, el autor del libro insiste en la unión espiritual y fraternal de todos los creyentes. El espíritu de unidad y amor fraterno

actuaba tan activamente, que los ricos no consideraban como propio lo que poseían. Los miembros eran entre sí *“de un corazón y un alma”*. El corazón designaba el sentimiento interior, el alma se refería a toda la vida afectiva.

Pero –siempre hay un pero, en esta situación desagradable–, un matrimonio compuesto por Ananías, el hombre, y Safira, la mujer, dieron lugar al inverso del cuadro anterior. *“Ananías vendió una heredad, y sustrajo del precio, sabiéndolo también su mujer; y trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles”*. (Hechos 5: 1-2).

El mal de estos dos esposos no estaba en que vendieran o no vendieran el campo, ni en que una vez vendido retuvieran su importe total. Todo esto estaban en perfecta libertad para poder hacerlo. La esencia del mal estaba en que una vez vendido llevaron a los apóstoles sólo una parte, dando a entender que era el importe total de la venta, lo cual era una mentira, llevados por la avaricia, la hipocresía y la vanagloria. No querían ser menos que otros cristianos, que lo entregaban todo.

Advertido el apóstol Pedro se le enfrentó y le dijo: *“Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios. Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró”*. (Hechos 5: 3-5). Murió. Lo mataron.

Tres horas después la esposa compareció ante Pedro, entonces uno de los líderes en la Iglesia. El apóstol le hizo las mismas preguntas que al marido. *“Al instante ella cayó a los pies de él, y expiró; y cuando entraron los jóvenes, la hallaron muerta; y la sacaron, y la sepultaron junto a su marido”*. (Hechos 5: 7-10).

Matar a un matrimonio tan sólo por una mentira puede parecer excesivo, cuando tantas cosas infinitamente peores se documentan en este libro que no fueron castigadas con la muerte. Nos queda la reflexión del apóstol Pablo, menos severo que Pedro: *“Quién entendió la mente del Señor”*. (Romanos 11: 34).

MATAN A TEUDAS

Gamaliel fue un rabino fariseo muy destacado en tiempos del apóstol Pablo. Estaba considerado como doctor de la Ley, miembro del Sanedrín judío, donde representaba el punto de vista más liberal, maestro en la interpretación del Antiguo Testamento. Pablo se ufanaba de haber sido discípulo suyo. Defendiéndose ante los habitantes de Jerusalén, declaró *“Yo de cierto soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel”*. (Hechos 22: 3).

La humana intervención de Gamaliel a favor de los apóstoles ha sido interpretada como una secreta inclinación al cristianismo. San Juan Crisóstomo dijo en el siglo IV de nuestra era que Gamaliel había muerto siendo cristiano.

La intervención a favor de Pedro y de Juan se produce cuando éstos apóstoles son conducidos ante el Sanedrín judío y ser acusados de alborotar al pueblo con sus predicaciones. Es entonces cuando Pedro, valientemente, responde *“que es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”*.

Aquellos grandes conductores del judaísmo “se enfurecían y querían matarlos”. (Hechos 5: 29-33).

En este punto interviene Gamaliel, “*doctor de la ley, venerado de todo el pueblo, dijo: Varones israelitas, mirad por vosotros lo que vais a hacer respecto a estos hombres... porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios.*”

Y convinieron con él; y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad”. (Hechos 5: 34-40).

En su defensa de los apóstoles, Gamaliel menciona a Teudas. Es la primera vez que este nombre aparece en la Biblia. Ha sido identificado como jefe judío que protagonizó una revolución en Israel con 400 hombres, pero no prosperó. De él dijo Gamaliel ante el Sanedrín judío: “*Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien. A este se unió un número como de cuatrocientos hombres; pero él fue muerto*”. (Hechos 5: 36).

MATAN A SANTIAGO

Santiago y Juan eran hijos del pescador Zebedeo. Los dos fueron elegidos por Jesús entre los doce apóstoles y enviados con esta orden: “*Predicad diciendo: El reino de los cielos se ha acercado*”. (Mateo 10: 1-7).

Santiago no era, como se ha dicho, un pobre pescador, sino un modesto propietario de pesca con algunos jornaleros a su servicio. Jesús tuvo con él una atención especial. El, su hermano Juan y Pedro fueron testigos de la resurrección de la hija de Jairo y de la transfiguración del Señor. Al pasar por una aldea de Samaria donde no quisieron recibir a Jesús, él y su hermano le pidieron que enviara fuego del cielo y arrasara aquel pueblo. Después que faltó Jesús, Santiago se distinguió como una de las primeras figuras de la Iglesia.

El rey Herodes Agripa, amigo de Calígula y luego de Claudio entre los años 41 y 44 de nuestra era, nieto de Herodes el grande que ordenó la muerte de los niños menores de dos años y sobrino del Herodes que mandó matar a Juan el Bautista. Con la ayuda de Calígula y de Claudio logró reunir casi todo el territorio israelita que había pertenecido a sus abuelos, Herodes el grande.

A este Herodes le preocupaba mucho el rápido crecimiento del cristianismo. El historiador Flavio Josefo, ya citado en estas letras, dice que la persecución de Herodes contra los cristianos *“procedía más que de animosidad personal contra ellos, de su deseo de congratularse más y más con los judíos”*. Así lo cree el autor de Los Hechos. Después de haber ordenado la muerte de Santiago, procuró la de Pedro, *“viendo que esto había agradado a los judíos”*. (Hechos 12: 3).

La escena de la muerte de Santiago tiene todo el colorido de lo real y lo vivo. Con ella Herodes busca ahora a los apóstoles, los líderes de la Iglesia naciente. Lucas, que se extiende en la muerte de Esteban, a la de Santiago le concede sólo dos versículos: *“En aquel tiempo el rey Herodes echó mano*

a algunos de la Iglesia para maltratarles. Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan". (Hechos 12: 1-2).

Morir a espada era morir degollado. Santiago fue el primero de los apóstoles que derramó su sangre por la fe en Cristo.

Una tradición tardía lo considera como el primer evangelizador de España. Sin embargo, no hay evidencia segura de que Santiago estuviera en España antes de su muerte.

MATAN A ESTEBAN

Aquella fraternidad, unidad, armonía y entrega al hermano en la Iglesia primitiva duró poco. Los cristianos que procedían de judíos auténticos procedentes de Palestina, y los cristianos llamados helenistas, que habían vivido fuera, pero que tenían sinagogas propias en Jerusalén, entraron en conflicto. La causa de las disputas era la discriminación que los cristianos helenistas decían que sufrían sus viudas en el reparto de la comida y en las limosnas.

A fin de solucionar el problema los apóstoles sugieren que la comunidad elija un equipo de siete hombres que se encarguen del trabajo material, ya que ellos no pueden atender ese ministerio. Tales hombres deberían reunir algunas cualidades: Que sean estimados en la comunidad, que sean espirituales, que tengan sabiduría y prudencia propia de los hombres de Dios. El primero en ser elegido fue Esteban, varón *“lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo, cuyos*

enemigos no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba”. (Hechos 6: 1-10).

Los líderes judíos, envidiosos, *“sobornaron a unos para que dijese que le habían oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios”.* (Hechos 6: 11). Convencido el populacho, lo llevaron al concilio, esto es, al Sanedrín, donde otros testigos falsos declararon: *“Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley; pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés”.* (Hechos 6: 12-14).

Preguntado por el sumo sacerdote si era verdad lo que sus acusadores decían, Esteban inicia un discurso histórico que tiene 50 versículos, el más largo en el libro de los Hechos. Lo empieza con Abraám y concluye diciendo a sus oyentes: *“vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis”.* (Hechos 7: 53).

Duras eran las acusaciones que Esteban había lanzado contra los judíos, pero tal vez ninguna les hiciera tanto daño como la de que no guardaban la ley. *“Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y habiendo dicho esto, durmió”.* (Hechos 7: 54-60).

Es de alabar la extraordinaria grandeza de ánimo de éste primer mártir del cristianismo. Su muerte, encomendando el espíritu al Señor, ofrece un sorprendente paralelo con la de Jesucristo en la primera y última frase desde la cruz. San Agustín escribió que la muerte de Esteban llegaría a ser hermosamente eficaz en el futuro de la Iglesia.

MATAN A JESUCRISTO

La muerte de Jesucristo fue claramente anunciada por el profeta Isaías 600 años antes de que tuviera lugar: *“Como cordero fue llevado al matadero”*. (Isaías 53: 7).

Aplicar a Jesús la frase *“mártir del Calvario”* no es totalmente correcto. Mártir es la persona a la que matan por defender su fe. En el caso de Cristo era absolutamente consciente de que habría de morir, no por defender su fe ni sus creencias, sino porque así estaba determinado por el Padre y por los profetas: *“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre”*. (Juan 10: 17-18).

La muerte de Jesucristo fue el resultado de un proceso. La llamada semana de la pasión se inicia en el huerto de Getsemaní, donde revela su dolor interior ante los acontecimientos que se avecinaban: *“Mi alma está muy triste, hasta la muerte”*. (Mateo 26: 38). De Getsemaní fue conducido al tribunal religioso que presidía Caifás: *“Los que prendieron a Jesús le llevaron al sumo sacerdote Caifás”*. (Mateo 26: 57). De Caifás lo remiten a otro sumo sacerdote, Anás, suegro de Caifás. Anás *“preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina”*. (Juan 18: 19). Terminadas las preguntas de Anás, Jesús es llevado por primera vez ante Poncio Pilato. *“Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos*

entregado”. (Juan 18: 29-30). Con la intención de rehuir responsabilidades y enterado de que Jesús era judío, Pilato le envía a Herodes: *“Entonces Pilato, oyendo decir, Galilea, preguntó si el hombre era galileo. Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que en aquellos días también estaba en Jerusalén. Herodes, viendo a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal. Y le hacía muchas preguntas, pero él nada le respondió. Y estaban los principales sacerdotes y los escribas acusándole con gran vehemencia. Entonces Herodes con sus soldados le menospreció y escarneció, vistiéndole de una ropa espléndida; y volvió a enviarle a Pilato”.* (Lucas 23: 6-11).

Pilato nunca quiso matar a Jesús. Primero por propia convicción; segundo por un sueño que tuvo la esposa y que comunicó al marido que nada tuviera que ver con aquél justo. Pero estaba el pueblo. *“Ahora bien, en el día de la fiesta acostumbraba el gobernador soltar al pueblo un preso, el que quisiesen. Y tenían entonces un preso famoso llamado Barrabás. Reunidos, pues, ellos, les dijo Pilato: ¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo? Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiese a Barrabás, y que Jesús fuese muerto. Y respondiendo el gobernador, les dijo: ¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Y ellos dijeron: A Barrabás. Pilato les dijo: ¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: ¡Sea crucificado!”.* (Lucas 23: 17; Mateo 27: 15-22).

Clavado en una cruz junto a dos malhechores murió Jesús, el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios, Dios encarnado: *“Entonces Jesús, clamando a*

gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró". (Lucas 23: 46).

Tres días después del asesinato Jesús resucitó y volvió a la vida.